

28

ALMORAIMA

SUPLEMENTO DE CREACIÓN
LITERARIA Y ARTÍSTICA

OCTUBRE 2002

ALMORAIMA

Revista de Estudios Campogibaltareños
Suplemento de Creación Literaria y Artística

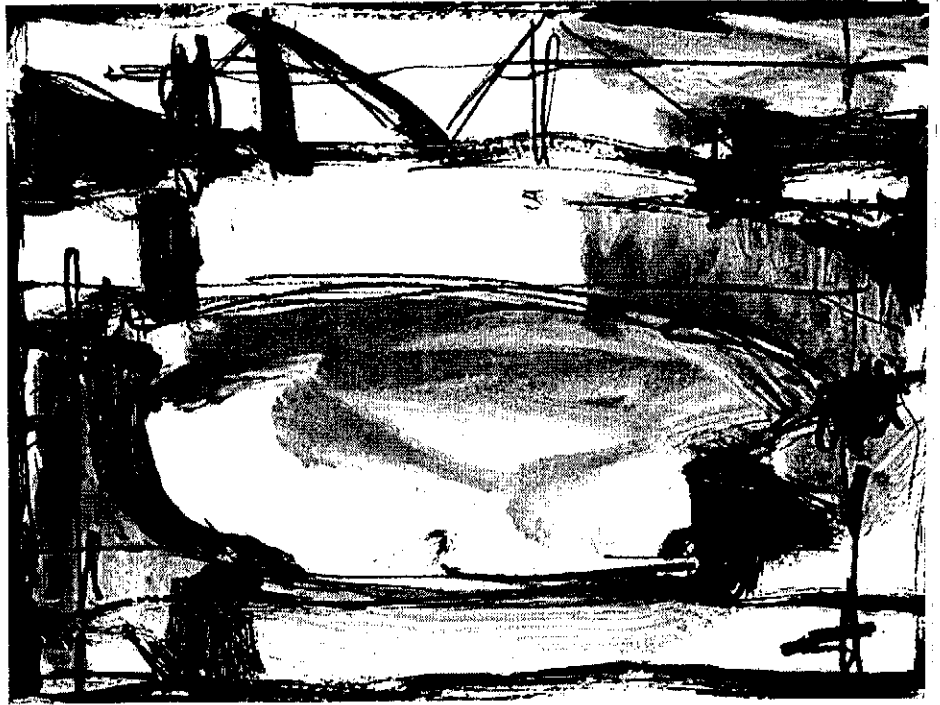
Normas para la presentación de colaboraciones

- 1.-Se admitirán trabajos de creación literaria y artística de cualquier naturaleza, preferentemente los relacionados por su temática con el Campo de Gibraltar, aunque ésta no será una condición excluyente.
- 2.-La extensión de los trabajos no deberá ser inferior a tres folios ni superior a doce, y su contenido será respetado íntegramente. Excepcionalmente se admitirán trabajos de mayor extensión si el espacio disponible permite su publicación.
- 3.-Los originales se presentarán por duplicado, por impresora de ordenador, a doble espacio (28/32 líneas), por una sola cara y guardando los márgenes adecuados. Se deberá adjuntar copia del mismo en un disquete de 3.5" o en CD, indicando el procesador de texto utilizado para generar el escrito o formato de grabación. Estos escritos deberán ser generados en plataformas **Macintosh**, o **PC** bajo sistema operativo **DOS**.
- 4.-En el caso de trabajos de creación artística, podrán venir acompañados de un máximo de cuatro ilustraciones o fotografías, reseñándose en hoja aparte los "pies" de cada una de ellas. Se hará constar el orden de prioridad que el autor estime para la publicación de éstas, en previsión de que la totalidad no pueda ser incluida.
- 5.-El Consejo de Edición de la Revista decidirá sobre la publicación, en cada caso, de los trabajos recibidos que hayan sido admitidos previamente por ajustarse a estas Normas. El criterio de oportunidad de publicación valorará la originalidad, la calidad literaria o artística, y el interés temático de las colaboraciones recibidas.
- 6.-Los trabajos deberán ser enviados a: ALMORAIMA - Revista de Estudios Campogibaltareños. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar. Parque Las Acacias s/n. 11207 Algeciras (Cádiz).



SUMARIO

LA ÚLTIMA LÁMINA	
<i>Ángel Gómez Rivero</i>	7
PALABRAS CON NOMBRE	
<i>Juan Felipe Simón Sanjuán</i>	27
LOS ALCORNOCALES (1996-1997)	
<i>Juan Jesús Huelva</i>	33
TRES POEMAS	
<i>Paloma Fernández Gomá</i>	43
NAUFRAGIOS	
<i>José Sarria Cuevas</i>	47
DONDE SOLO HABITAN LA NADA Y SUS OLVIDOS	
<i>José Luis Tobalina Cuerda</i>	55
PAZ Y GLORIA	
<i>Juan Manuel Ballesta Gómez</i>	65
LA RAÍZ DEL GUEPARDO	
<i>Juan Emilio Ríos Vera</i>	71
José Antonio Pérez de Vargas (nota biográfica)	77



LA ÚLTIMA LÁMINA

Ángel Gómez Rivero

Permitan que me presente: me llamo Dulcinea Guerra. Pero debo aclarar, de entrada, que ni soy dulce ni guerrera. Digamos que debería ser una media ponderada entre ambos conceptos. Mis progenitores se empeñaron en que mi nombre fuese cervantino; él es profesor de literatura de un instituto de mi ciudad; ella es un ama de casa, empedernida lectora de literatura clásica; yo, sin embargo, no hice carrera. Me dedico a la pintura de manera un tanto desordenada, aunque con gran sensibilidad a juzgar por las críticas recibidas. Gracias a mis exposiciones, y a mis retratos callejeros, puedo sacar los cuartos suficientes como para no molestar demasiado la cuenta corriente de mis padres. Soy una joven que ronda los treinta años, creo que bien parecida; o sea: alta, garbosa, de espectacular melena castaña y ojos color miel. Ustedes perdonarán la musicalidad de la descripción, por si en ella se leyese un atisbo de inmodestia; pero si deseo narrar esta historia que pongo en sus manos, con todos los visos de realidad, he de comenzar por mí; nada de falsa humildad ni definiciones a medias.

Mi historia comenzó hace cosa de seis meses, poco más o menos; en una época de vacío creativo en materia pictórica. Una de esas etapas aciagas, sin ganas de tomar los pinceles, ni tan siquiera de planteármelo. Una amiga mía, también pintora -pero ella "oficial", o sea, con la titulación de Bellas Artes-, acababa de fallecer en accidente de tráfico, y me hallaba replanteándome la vida tras tan amargo suceso. Entonces no veía, o no sabía ver, el color de las cosas que me rodeaban; como si una noche profunda se hubiese apoderado de mi entorno y de mi alma. La muerte, tan distante hasta ese momento -hecho repetitivo, supongo, en todos aquellos jóvenes que no han perdido ni a padres ni a hermanos ni a familiares demasiado directos-, comenzaba a rondar mi mente. Vi la huesa muy próxima. No sé por qué, pero me volví huidiza, aprensiva. En vez de buscar la luz, me di más a la noche, a la oscuridad, buscando gañitos ocultos, rincones de luz de neón y alcohol con los que distraer mi subconsciente. Intentaba encontrar gente interesante con la que hablar, con la que compartir vivencias, pensamientos y sentimientos comunes; pero habida cuenta de mi *éxito*, en principio, llegué a la convicción de que, tanto de noche como de día, la gente se me mostraba hermética, infranqueable. Entendí que hablar de problemas existenciales no era la mejor tarjeta de visita para entablar amistad. La humanidad rumiaba su dolor en soledad. Y ya estaba dispuesta a tirar la toalla, a volver a mi estudio para forzar la creatividad, cuando apareció en mi horizonte un hombre de mi edad que parecía ser distinto a los demás.

Arturo Huidobro dijo llamarse y yo lo creí. Por qué no iba a hacerlo. Al oír su apellido se me vino a la memoria la escuela creacionista. En concreto la obra *Altazor*. No tengo estudios, ya lo he dicho, pero sí inquietudes. No soy capaz de leer una novela de seguida, ni un poemario completo; lo mío son las consultas breves. Dentro de esa tesitura, leo, releo y devoro todo lo que cae en mis manos, pese a que lo abandono prontamente. En mi trabajo también soy así. Pues bien, volviendo al hilo de mi narración, Arturo me pareció interesante y no por su físico de escasa relevancia, todo sea dicho. Analizándolo fríamente, no era ni mal ni bien parecido; uno de esos tipos que las mujeres denominamos «del montón». Algo más alto que yo, rondando el metro ochenta, moreno de pelo lacio, ensortijado en sus rebeldes puntas, ojos azules pequeños y rasgados, y boca fina, casi cruel de expresión. Era delgado, nervudo, y su mirada parecía encenderse al mirarte; al menos cuando me miraba a mí. Sin embargo, fue su extraña psicología, su forma de hablarme, lo que me encandiló más, despertando mi curiosidad primero, y mi atención después.

Estábamos en un *pub* nocturno, parcamente iluminado, de una calle perdida de mi milenaria ciudad. Justo en el corazón del barrio gótico. Yo bebía un cuba-libre sentada en un sillón de esos de pared, continuo, imitación

árabe, que abarcaba todo el contorno. La pareja más cercana a mí estaba a unos cuatro metros. No podía oírla porque, aparte de que no me interesaba su plática, en los altavoces sonaba música *heavy*. Arturo se hallaba en la barra, también en soledad, con lo que parecía un güisqui en su mano diestra y un pitillo a medio consumir en la izquierda; con la mirada perdida en el infinito. Me levanté entonces con la intención de ir hacia la puerta de entrada. Era más de medianoche de un viernes lluvioso, de un frío noviembre; humedad que contrastaba con el periodo de sequía anterior. Quería ver si persistía la lluvia. Me asomé al exterior, sin distinguir que Arturo me seguía con su mirada, y vi cómo la lluvia, ahora fina, barría la acera con su golpeteo constante y limpio. Las luces de las farolas cercanas parecían difuminadas por el líquido elemento, creando círculos fantasmales, etéreos; metafísicos discos plateados que impactaban en mi cerebro, aún afectado por fúnebres pensamientos. Me volví hacia mi asiento, abstraída, pisando las losetas negras del inmenso tablero de ajedrez que era el suelo, y me fijé por primera vez en el espectacular póster que había colgado de la pared. Mediría metro y medio de alto por metro de ancho. Se mostraba enmarcado en madera tintada de verde mate, con un cristal también mate, que evitaba extraños brillos y los reflejos caprichosos de las luces de neón; esas que hacen que el blanco de tu camisa reluzca de manera sobrenatural. En primer lugar, el póster me llamó la atención por el contrastado colorido del dibujo. Después, las figuras representadas, su barroquismo, me resultaron sumamente singulares. Se trataba de un guerrero musculoso, de fuerte y prominente mandíbula, con una enorme espada de filo mellado en su diestra. A sus pies había una mujer vestida con pieles, medio desnuda, salvaje y hermosa, de abundante pecho, labios gruesos y brillante mirada. El conjunto resultaba poco naturalista, algo distorsionado, casi cayendo en el terreno de la caricatura. Parecía la reproducción a gran escala de la portada de alguna revista de aventuras, de fantasía heroica. Dispuesta estaba a leer el nombre del autor al pie de tan formidable obra, cuando me llegó una voz profunda desde atrás. El sonido ambiental no pudo ocultarla.

-Es un Corben -me dijo, y yo me volví rauda.

-¿Perdón? -expresé asombrada al ver a Arturo muy cerca, casi rozándome. Estaba claro, pensé, que se había animado.

-Sí... lo siento -comunicó con expresión afable. Retrocedió un paso al ver la incomodidad pintada en mi rostro. Había irrumpido en ese cilindro mágico que nos rodea y que no deseamos usurper-. Decía que ese dibujo es de Richard Corben, uno de los mejores dibujantes de cómic del mundo.

Yo había oído algo del estilo Corben, pero el arte de la plumilla, de la tinta china, jamás me había interesado como para hacerme perder el sueño. Lo mío era y es el pincel; lo demás ni me preocupó jamás ni me preocupa. No obstante, el tipo parecía desprender chispa; no sabría definirlo mejor. Una especie de química, de magnetismo, que me atrapaba por momentos. Algo irracional, como proveniente del éter. Había conocido en los últimos tiempos semblantes más bellos, cuerpos más atléticos y mentes más agudas, y yo venía a fijarme en el misterio de aquel negro cabello lacio, casi desordenado; de aquella minúscula mirada azul perdida entre espesas pestañas; de esas palabras profundas, que taladraban hasta llegar al fondo de la mente.

-¿Eres un admirador de Corben? -pregunté.

-Soy un aficionado al cómic -contestó-. En casa tengo una colección de fábula. ¿También lo eres tú?

Sonreí. Estaba claro que me encontraba ante un auténtico coleccionista. De esos que son capaces de gastarse la paga del mes, comprando lo que más les gusta, por intrascendente que fuese su afición.

-No -repuse, esforzándome en mostrar amabilidad-. Soy pintora; el óleo es lo mío. Nunca intenté dibujar a tinta. Paso del carboncillo al pincel.

-Una pintora... -susurró. Me hizo gracia su expresión; su asombro era casi infantil.

-¿Tiene algo de raro? -pregunté.

-No, no... Ni mucho menos. Es que me gusta tanto el dibujo, que hallarme ante una artista me impresiona. -Se detuvo un instante y señaló mi asiento-. Te importa que nos sentemos. Estamos un tanto acartonados, ¿no crees? Por cierto, me llamo Arturo Huidobro. ¿Y tú?

Volví a sonreír. El apellido me hizo gracia; me acordé de mis padres. No le había dado permiso y ya estaba sentado con su bebida reposando en mi mesa. No tuve más remedio que hacer lo mismo.

-Mi nombre es Dulcinea. -Me detuve esperando el chiste fácil; ya saben: *del Toboso* y todo lo demás, pero nunca llegó-. ¿Por qué te apasiona tanto el cómic? -pregunté no por curiosidad, sino porque la situación la veía extraña, fuera de lugar. Al fin y al cabo acababa de conocerlo, y ya me parecía un tipo misterioso.

-Bueno, la verdad es que colecciono cómics desde los trece años. En casa tengo una biblioteca llena de colecciones completas, láminas, originales, maquetas de personajes célebres...

-¿Una biblioteca, dices? ¿Quieres decir que compartes novelas y tebeos?

-No. Creo que no me he expresado con claridad. La biblioteca sólo tiene cómics encuadernados, a la manera de libros. Hay cientos de ellos; es una estancia grande. Todo el que viene a casa cree que tengo libros en los anaqueles, pero cuando los hojean, ven que sólo son historias gráficas. La novelas nunca me interesaron demasiado. Creo que el cómic es el arte de nuestros tiempos. -Me miró con los ojos entornados-. ¿Estás de acuerdo?

-No sé qué decir. Si mi santa madre te oyese, te quemaría. Diría que es un arte menor popular, incluso populachero, sin demasiado entronque cultural.

-¿Has oído hablar del tapiz de Bayeux?

-Sí -mentí. No quise pecar de inculta ante su entusiasmo.

-También, es obvio, has oído hablar de las pinturas rupestres, los jeroglíficos antiguos, del lienzo mexicano de Tlaxcala... Todos ellos son precedentes del cómic. En la primera mitad del siglo XVIII, William Hogarth usó con inteligencia las ilustraciones secuenciales en *La historia de una prostituta*. Rodolphe Töpffer realizó en Suiza novelas en imágenes, causando la admiración del mismísimo Goethe. El alemán Wilhelm Bush creó el travieso dúo Max y Moritz en la segunda mitad del XIX, haciendo escuela en Europa. Y, sin ir más lejos, incluso te puedo citar el nombre de una mujer pionera: Emilie de Tessier...

-Vale, vale -lo interrumpí. El hecho de querer ganarme citándome una muestra de participación femenina, encendió mi alarma interior-. Ya veo que también el cómic tiene raíces cultas y profundas. No era mi intención que te pusieses a la defensiva.

-No, amiga Dulcinea, no se trata de eso. El cómic es un arte más, y cada vez está más reconocido. Mi verborrea es fruto de que, al saberte pintora, has activado mi pasión.

Correspondí alzando mi vaso a la manera de brindis. La lluvia en el exterior se intensificaba por momentos, pero el interior del local era cálido. La calidez de Arturo también ayudaba. Bebimos y continuamos charlando el resto de la velada. Supe así, que el cómic de misterio y terror era su debilidad. Autores americanos y británicos preferentemente. Citó a la editorial Warren, a sus componentes, a las historietas -él decía historias- de Max Audaz, su héroe de cómic favorito. De cómo se dejaba atrapar por la fascinación de esos trazos en negro, a veces ayudados por la aguada, en los ángulos sombríos de los fondos. Después, una vez repasados sus gustos, ya digo, le tocó el turno a la pintura. Hablamos, comentamos, sobre impresionismo, expresionismo y surrealismo, mis tendencias favoritas dentro de este arte, y así yo pude reconducir la conversación hacia

terrenos más queridos. Fue con naturalidad, sin que se percatase si quiera; al menos tuve esa impresión. Salieron a relucir los nombres de Renoir, Van Gogh y Dalí, tres piedras angulares, pese a sus distanciamientos formales, en mi estilo, para terminar hablando de mis técnicas particulares, incluso de mis recetas caseras: mezcla de colores, difuminado, etc. Pero al final tuve la certeza de que me oía por cortesía, que me contestaba por agradar.

Esa noche terminamos durmiendo en su casa.

* * *

Cuando desperté, estaba liada en la manta como si fuese una especie de rollito de primavera. No recordaba casi la llegada a la vivienda, el callejero que recorrimos en su vehículo. Sí me acordaba de una calle solitaria, en las afueras, con espléndidos terrenos sin construir, repletos de árboles y maleza. La casa, una mansión en realidad, era enorme. De una planta, con hiedra cubriéndola en la casi totalidad de sus fachadas, con una finca posterior en la que se veía una arboleda exuberante. El viento y la lluvia azotaban el verde del follaje difuminándolo. El disco del satélite me recordó la luz de las farolas cercanas al *pub*. Estaba algo mareada, había bebido más de la cuenta, y, recostada en mi asiento, me quedé dormida. La voz de Arturo me sacó de los brazos de Morfeo: «¿Ahora que llegamos te vas a quedar frita...?» Después, no recuerdo qué sucedió.

Me levanté del lecho, el cabello desmadejado, vestida, bostezando repetidas veces. Arturo no estaba junto a mí. Con toda probabilidad había salido. Miré la hora en un vistoso reloj de pared. En la esfera había un dibujo de una chica con escaso ropaje negro, muy sensual. *Vampirella*, se leía al pie. Las agujas marcaban las diez y cinco de la mañana. Estiré los brazos en uno de esos gestos míos tan criticados por mi señora madre, y me quedé clavada en mitad de la pieza. No daba crédito a lo que mis ojos veían: la habitación, aparte de la cama, dos mesitas de noche y un ropero de medianas dimensiones, se hallaba decorada con dibujos en las cuatro paredes, a la manera de frescos. Me fijé bien, abriendo mis ojos, comprobando que se trataba de dibujos eróticos: chicas exuberantes desnudas, chicos con sus penes en erección, en paisajes surrealistas. Vi varios estilos distintos, mezclados, a la manera de colage. Incluso en una de las esquinas pude apreciar la estilística de los dibujos japoneses. No sabía muy bien si se trataba de un *manga* de esos tan de moda. Decidí salir de mi asombro para lavarme el rostro, refrescarlo, antes de buscar al dueño de la vivienda. Casi zombi aún, entré en el aseo. Se trataba de una pieza de considerables dimensiones, alicatada hasta media altura. En la mitad superior seguían los dibujos. Me fijé en el espejo del aseo y leí al revés una firma espaciosa que decía: Robert Crumb. A su alrededor, docenas de caricaturas *underground*, de personajes que salían del inodoro, defecando, incluso un tipejo que vivía acoplado en las potentes nalgas de una más que saludable chica, estilo rústica, con trenzas. Tenían mucha gracia y expresividad. Me lavé la cara y ordené un tanto mis cabellos. Después volví al pasillo para salir de ese ala de la vivienda. El corredor también tenía dibujos; esta vez de superhéroes: Superman, Spiderman, Batman, y otros cuyos nombres desconocía pero de iconos familiares. Los tonos cromáticos eran oscuros, elegantes. Pasé a la altura de otro dormitorio absolutamente vacío. Pude ver a Astérix, Tintín, Pumby, Mafalda, Mortadelo y todos los personajes de Disney. Sonreí. «La pieza de su futuro hijo», pensé.

Cada habitación que atravesaba me revelaba que el propietario de aquella especie de museo del cómic era un auténtico apasionado; un romántico de la imagen, del arte gráfico. Algo sumamente singular. Al llegar al salón de la vivienda, cercano al recibidor, oí cierto ruido llegar a mis oídos.

-Pasa, Dulcinea, pasa -se oyó la voz de Arturo.

Entré y lo vi sentado en un butacón, con los pies en una especie de *puf* moruno. En sus manos había un tomo encuadernado en cuero negro. Me sonrió desviando la mirada de su lectura.

-¿Has dormido bien? -preguntó gentil.

-Ni me he enterado -contesté-. Por cierto, anoche... ¿pasó algo?

-Pues sí. -Su sonrisa se intensificó, mostrando una immaculada dentadura blanca-. Caíste rendida nada más entrar en el dormitorio. Tus ojos se pusieron como en blanco. Una imagen diabólica, ¿sabes? Así que preferí dormir en la habitación de los huéspedes, que está en el otro ala.

-Gracias -murmuré, y no sé por qué lo hice. Empezaba a sentirme algo tonta y ñoña. La damisela fiel guardiana de sus tesoros más íntimos. Decidí, por tanto, dar un giro a mi conversación-. Por cierto, ¿qué dibujos tiene ese apartado dormitorio?

-Ya veo que te ha llamado la atención la decoración de mi hogar... Ese dormitorio, en concreto, si quieres te lo puedo enseñar más tarde, está decorado con viñetas del *western* clásico. Vaqueros armados, indios y el séptimo de caballería. Si leíste de jovencita al teniente Blueberry, también puedes hallarlo allí.

Yo negué. No sabía a quién se refería, ni me preocupaba. Miré el entorno, en toda la extensión, y volví a asombrarme. Aquel salón, aunque con más mobiliario que el resto de la casa, estaba cargado de dibujos siniestros, oscuros, atmosféricos. La Quinta del Sordo no habría impresionado más. Vi vampiros, licántropos, monstruos, asesinos, en un ambiente plástico en blanco y negro, exento de color. Castillos siniestros y densos bosques. Los personajes se mezclaban en parajes de pesadilla. El estilo era muy homogéneo. Una combinación de tremendismo y fina estilística en el trazado.

-Es mi debilidad -dijo con frialdad viendo mi expresión-. Los autores de la Warren casi al completo. En estas paredes están Frank Frazetta, Angelo Torres, Tom Sutton, Mike Plooge, Reed Crandall y algunos más. En la biblioteca tengo las colecciones completas de *Creepy*, *Vampus*, *Rufus*, etc. Pero no creo que te interesen demasiado.

-¿Quién ha pintado todas estas blancas paredes? -pregunté casi en un susurro.

-Es largo de contar -repuso-. Digamos que tengo dinero suficiente como para permitirme ciertos lujos. El cómic es mi afición y mi vida.

-¿En qué trabajas?

Me senté en uno de los cómodos butacones, estampados con contrastados dibujos de claro corte expresionista.

-Ya te he dicho que vivo de mi patrimonio. Tengo muchas viviendas arrendadas. Chalés a los que saco buen partido. Heredé una fortuna considerable de mis progenitores y sé administrarla con inteligencia.

-¿No estás casado?

-No. Es más, ni siquiera tengo novia. Mi afición, ¿sabes?, no es muy bien entendida. En realidad, a las mujeres no les agrada demasiado compartir su vida con gente como yo, con fuertes aficiones.

Me sentí incómoda y algo molesta por el misógino comentario. Pero tomé la determinación de no mostrarme afectada por ninguna observación fútil.

-A mí me resulta todo esto muy pintoresco e interesante. Esta casa es una obra de arte.

-Me agrada que lo digas. Ten en cuenta que tu opinión es parcial; eres una artista.

-Puede ser -murmuré de nuevo.

-Pues aún no has visto el resto de la casa. La cocina, por ejemplo, está llena de guerreros, dragones y demás. Es el lugar de la fantasía heroica, de los paladines del bien. Ahí están Conan, el Capitán Trueno, el Jabato y muchos más. En el cuarto de baño, por ejemplo, puedes...

-Sí -lo detuve-. Ya he visto esa pieza, y el dormitorio, y el pasillo. Incluso una habitación decorada con dibujos infantiles. Todo muy espectacular.

-Bueno. Esa habitación encierra una historia algo triste. Díganos que conocí a una chica con la que estuve a punto de casarme. Al final se arrepintió, y se esfumó la posibilidad de un dormitorio para mi primer hijo. Tendré que esperar.

Volvió a sonreír y me sentí afectada. Arturo me producía una sensación extraña en mi interior. Una mezcla de atracción y rechazo. Acababa de conocerlo, y sentía que en torno a mí se estaba generando toda una trama densa. Pero mi autoestima, mi orgullo, me decían que no saliese corriendo como una colegiala con trenzas. Quería saber sobre la vida de un tipo que vivía de forma tan original. Era algo que no se ofrecía todos los días. Así que decidí aceptar sus simpatías, su trato. Fue la manera de empezar. El punto exacto con el que iniciamos realmente nuestra relación sentimental.

Durante varias semanas convivimos como pareja. Al principio, nuestro vínculo era más de amistad. De jóvenes que tienen señaladas cosas en común: el amor al arte y el temor a la muerte, en esencia. Y ese núcleo de sentimientos nos unía cada día más, superando las barreras que se interponían con constancia a lo largo de los días. Sus costumbres y las mías se fueron fusionando con naturalidad, hasta que fuimos asiduos visitantes del tálamo. Nuestros sudores se mezclaron; también nuestras salivas. El sexo se convirtió en un elemento esencial en nuestras vidas. Allí, en el marco erótico de su dormitorio, repleto de senos desnudos, penes enhiestos, y explosión de luz y color, saboreamos las mieles del placer un día sí y el otro también. Hasta el punto en que nuestros cuerpos se acostumbraron el uno al otro, en un acople perfecto, física y espiritualmente.

Hasta que llegó un día en que Arturo cambió de actitud.

* * *

Andaba yo trasegando en la biblioteca, ordenando en realidad varias colecciones que estaban mal colocadas en estanterías que no le correspondían, recordando uno de los comentarios que más gracia me había hecho en boca de Arturo: «Para mí, los Poe, Balzac y Cervantes son Archie Goodwin, Goscinnny y Víctor Mora». Dejaba claro que no existía más lenguaje, más argumentos, que los puramente gráficos. Incluso en cierta ocasión me cacareó el tan recurrido dicho de «una imagen vale más que mil palabras». Yo le contesté en un alarde de originalidad que valía más una idea que mil imágenes. Se quedó pensativo, sin argumento en que apoyarse para rebatir mi reflexión. El cómic que tenía en mis manos, abierto por la mitad, era una historieta muda. Tendría diez páginas y ni una sola palabra escrita.

En la casa descubrí un buen número de detalles que al principio me llamaron la atención, pero que, con el tiempo, empecé a comprender. Todo formaba parte de la misma filosofía de partida. Una estética intencionada, conceptos formales que definían un contenido. Pero cierto detalle asombroso tardé en interpretarlo. Deseaba preguntárselo a Arturo, pero, no sé por qué, quizá por dejar una porción de magia flotando en el ambiente, nunca lo hice. Los dibujos de las paredes de todas las habitaciones presentaban, como ya he dicho, muestras artísticas de distintos temas del dibujo gráfico; pero hallé varios personajes a los que les faltaba el rostro. No es que el dibujo se acabase en el cuello, no. La forma de la cabeza estaba dibujada; era una especie de elipsoide, con volumen, pero sin relieves. Allí no había ni ojos, ni boca, ni nariz, ni nada. Era como un huevo de gallina, un postizo. No entendí el porqué. Con toda probabilidad, cada habitación la había diseñado un artista diferente. Entonces, ¿por qué el detalle de un semblante sin rasgos? Lógicamente, era un capricho más de Arturo. Aunque no entendía si se trataba de una reacción hermética, absurda, surrealista, sin sentido; o bien si esas ausencias se debían a una razón concreta, una determinación prefijada con anterioridad a la realización de aquellas obras de arte.

Devolví el cómic mudo a su estantería y mi vista se volvió a recrear en la recargada biblioteca. Los anaqueles llegaban hasta el techo, cubriendo la mayor parte del contorno de tan inmensa estancia. No había apenas zonas de pared al descubierto; sólo unos huecos estratégicos en los que se veían láminas, aparentemente originales, firmadas por sus autores. Serían en total una docena. En las estanterías, por delante de las encuadernaciones, se mostraban personajes del cómic realizados en resina, a todo color. Una colección bastante completa. Llegué incluso a plantearme si algunos no habrían sido encargados directamente al artista. También había figuras casi del tamaño humano, apoyadas en el suelo, en los ángulos de la biblioteca. Pero por más que intentaba entretenerme con aquellas contemplaciones, no paraba de dar vueltas en mi mente a los rostros indefinidos, en el misterio que encerraban. Era la llave de la habitación prohibida de Barba Azul. Tomé una hoja de papel de la impresora que había junto al ordenador personal de Arturo; también tomé un rotulador rojo. Salí de la biblioteca y comencé a repasar las restantes diez habitaciones de la vivienda. Me fijé en los personajes inacabados, intentando descifrar el nombre de los mismos. Me lo planteé también como alternativa a mi espera. Arturo había salido a una de esas tiendas de cambio de revistas, en las que conseguía, en contadas ocasiones, algún número perdido de alguna colección ignorada por la humanidad. A él le hacía mucha ilusión encontrar rarezas y pagar los cuartos que le pidiesen. Era una costumbre suya de los sábados por la mañana. Yo no pediría las pizzas hasta que él no llegara.

Mi paseo por la casa duró unos cuantos minutos. En mí, digamos, juego, saqué las siguientes conclusiones: eran seis los personajes sin rostros; entre ellos identifiqué a Roberto Alcázar -al que reconocí por ir acompañado de Pedrín; ambos héroes de la infancia de mi padre-, a Idéfix, el perrito de Astérix -el cómic más leído de mis doce años-, a Conan -supuse por el particular físico de este personaje; la espectacular melena sí había sido respetada, y ello ayudó lo suyo-; los otros tres me eran desconocidos: el primero, un tipo enchaquetado, con pinta de intrépido, acompañado por un joven que llevaba gorra; el segundo era un viejo barbudo -lo de viejo a juzgar por la blancura de su barba-, pinta *underground*, con un batín o camisa blanca hasta los pies, calzado con grandes borceguíes, junto a una chica rolliza, enorme, portadora de una minifalda que dejaba mostrar sus exuberantes encantos; el tercero era un superhéroe del cómic americano, montado en una tabla de *surf*, en posición de vuelo acrobático.

Me fui hasta la biblioteca y miré en una antología sobre la obra de Robert Crumb. La firma próxima al dibujo me envió directamente a uno de los tomos compilatorios de ese autor. Lo abrí y hojeé con la determinación de hallar a tan singular y promiscuo anciano. Me recreé con toda suerte de caprichos sin pies ni cabezas, dibujos eróticos irreales, figuras imposibles, hasta que me encontré con el personaje. Se trataba de una historieta en la que el viejo daba instrucciones sexuales a otro individuo, que sufría vergüenza a la hora de hacer el amor con una mujer. Era todo muy misógino, ya que le enviaba una mujer a la que se le podía desenroscar la cabeza (!). El viejo se llamaba Mister Natural. Después, satisfecha, busqué en todas las antologías que encontraba, fijándome en los distintos superhéroes americanos. Me cansé de rastrear durante más de media hora, hasta que ante mis ojos apareció alguien vestido como el dibujo de la pared. Se trataba de Estela Plateada. Ya sólo me quedaba el tipo enchaquetado, pero no sabía ni por dónde empezar. Dándolo por imposible estaba, cuando sonó la puerta de la casa. Arturo acababa de llegar.

-¿Dulci? -me llamó desde la altura del salón.

Me dirigí hacia allá. Lo vi, nada más entrar, sentado en su sillón, con una carpeta de cartón azul en las manos. La abrió sin reparar en mí y sacó una vieja lámina tamaño A-4. Entonces me miró, sonriente en grado sumo, y señaló la hoja con su índice. Me fijé con atención: se trataba de un cómic. Me acerqué más y lo tomé con mis manos.

-¿Es un original? -pregunté. Noté que el papel estaba un poco amarillento por las esquinas. Parecía antiguo.

-Exacto. Fui a la tienda de Kazanian. Ya te he hablado del viejo Kazanian, creo. Es un tipo que vive del cambio de libros y revistas y vende también si eres capaz de pagar lo que pide.

-¿Y? -pregunté mientras observaba los trazos algo desordenados del dibujo. Rincones umbríos en exceso, con figuras humanas muy sombreadas. Se veía un principio de relato bastante oscuro y siniestro. Los bocadillos estaban escritos en inglés; su título venía a traducirse como *Rostro tenebroso*. No quise leer más.

-Pues que después de llevarme varios ejemplares de *Creepy* que me faltaban, vi que encima del mostrador estaba esa lámina. Fui a tomarla y me dijo que tuviese cuidado, que se trataba de un original. Me fijé en ella pero no tenía firma. Le pregunté por el nombre del dibujante, mas dijo no saberlo. -Detuvo su verbo para pedirme la lámina; después continuó:- Sus ojos me miraban por encima de sus lentes. Ese tipo podría tener cien años, pero desde que lo conozco, hará la friolera de cerca de veinte años, está igual. Parece como si hubiese hecho un pacto con el diablo.

-¿Y tan interesante es?

-¿Quién, el tipo o la lámina? -Sonrió mostrándome de nuevo el blanco de sus dientes. Consideraba que su chiste era bueno-. Créelo, pero se trata de un cómic del estilo de las aventuras de Max Audaz. Es inglés y calculo de los años cuarenta o quizá más antiguo.

-¿Max Audaz? -pregunté obedeciendo a un estímulo automático.

-Sí, mujer, Maxwell Hawke, el detective aventurero de casos sobrenaturales, que lo acompaña un ayudante con gorra, llamado Tommy Thompson. Ya te he hablado de él; es uno de mis favoritos.

En mi mente, de inmediato, se dibujó el perfil del personaje que no había identificado. No tenía demasiada importancia, pero me hizo gracia la forma en que me enteraba del dato. Me senté y vi cómo Arturo devolvía la lámina a la carpeta.

-¿Qué te ha costado? -requerí.

-Bueno, Dulci, no tengo por costumbre hablar de dinero. En el coleccionismo es un pecado hacerlo. Interesa el valor, no el costo. Si estás por algo lo compras, y si no tienes dinero te aguantas... o robas. Pero no seré maleducado. Me pidió diez mil pesetas por la lámina y me pareció más que correcto. Dijo algo así como: «Tengo que comer», después me guiñó su ojo malo. El muy usurero. Dicen algunos clientes que está podrido de dinero, pese a su apariencia de muerto de hambre.

-La lámina está numerada con el «1» en su vértice inferior derecho. ¿Y el resto?

-Creo que no tiene las demás. No le pregunté, pero me dio a entender que era única.

-Bueno, puede ser una forma de hablar. Con «única», algunos quieren expresar que es valiosa, insustituible.

-Ya. De todas formas, el próximo sábado me enteraré.

Su faz desvió la mirada hacia otro lugar; probablemente rememoró el comercio de venta de revistas. Noté en su mirada un brillo especial. No sabía si de entusiasmo o de locura, o tal vez de ambas cosas. Después pedimos las pizzas a un restaurante italiano. Tras la comida, en la que nos mantuvimos ambos casi mudos, Arturo leyó el cómic con tranquilidad mientras yo veía una película en la tele. Parece ser que la historieta comenzaba de buena manera, con pronta acción, a juzgar por los comentarios de él. El interés lo atenazó de inmediato según leí en sus ojos de niño goloso. Una historia de asesinatos en ambientes góticos -castillos, abadías y bosques-, con un encapuchado que mataba con ayuda de una daga de oro con incrustaciones de pedrería fina. «Entra

pronto en la intriga», pensé. Después, vivimos una tarde sábatina tranquila, sin demasiados sobresaltos. Pese a que en el exterior se desataba una tormenta rabiosa que iluminó el cielo de relámpagos.

Esa noche sentí algo raro en mi interior; la absurda sensación de ser una guitarra a la que se le acababa de romper una de sus cuerdas. Arturo pasaría toda la velada, tras una cena frugal, releyendo la lámina, tomando notas de la misma y buscando un lugar donde guardarla. Terminó por usar un álbum de fotos vacío. Cuando llegó a la cama, a eso de las cuatro de la madrugada, fingí estar dormida.

Tras ese señalado día, no recuerdo haber hecho más el amor con él.

* * *

Los días pasaron hasta llegar el sábado siguiente. Nuestras relaciones, fogosas en los primeros días, habían caído en el terreno de la monotonía; Arturo parecía haber olvidado el sexo. Intenté no darle más importancia al hecho. Entre otras cuestiones porque no deseaba que se hiciese una idea equivocada de mí. Me preocupaba sobre todo porque comenzaba a querer a aquel hombre misterioso, y temía que ese distanciamiento fuese algo más que una circunstancial falta de apetito sexual. Por otro lado noté que el nerviosismo más acusado tomaba cuerpo en él, aumentando con la proximidad del sábado. Ir a por la siguiente lámina se había convertido en la meta esencial de su vida.

Cuando volvió de sus compras, portaba consigo la lámina número dos. Tras besar mis labios, muy contento, se sentó en su sillón y durante unos cinco minutos leyó el cómic. Más que leerlo lo devoraba con la vista, queriendo sacar partido no sólo al argumento, sino al más mínimo detalle entintado.

-¿Interesante? -pregunté desde mi butacón.

-Más que interesante -contestó. Dejó la lámina encima de la mesa y se restregó los ojos con sus dedos; tal que hubiese concentrado demasiado la mirada en los oscuros dibujos-. El viejo tiene en su poder la historieta completa.

-¿Y por qué no la has comprado entera?

-No creas que no lo intenté... Es curioso, me comentó de nuevo: «Necesito comer». Por lo visto prefiere sacar el dinero poco a poco, semana a semana. Es un individuo muy extravagante. Después me enseñó un portafolios que tenía guardado casi enterrado entre las revistas usadas.

-¿Ahí tenía todas las láminas?

-No -contestó. Al ver mi expresión de curiosidad continuó:- Faltaba la última de ellas: el desenlace. Por lo visto esa hoja la guarda en su casa. Vive cerca de donde tiene el negocio.

Me resultó muy extraña y anómala la situación. Le pregunté por las señas de la tienda y me dio las explicaciones pertinentes. Ni siquiera le intrigó mi interés. Tomé la lámina que reposaba en la mesa y la leí por encima. Era más un cumplido que curiosidad; su argumento aparente no me interesaba demasiado. Arturo se levantó y puso leña en el hogar, encima de una caja de madera que había roto yo con anterioridad. Arrugó una servilleta de papel que sacó de su bolsillo y prendió fuego. En unos minutos, la madera de la caja crepitaba y los leños se dejaban morder por las ardientes lenguas de las llamas. La estancia, fría hasta ese instante, pareció tornarse cálida y acogedora.

Esa noche, después de seguir con el escrutinio exacerbado de la lámina, Arturo la clasificó junto a la anterior en el álbum de fotos. Mirándolo desde la puerta de la biblioteca, parecía estar ausente, como si no reparara en mí. Como si fuese víctima de un hechizo diabólico. Lo pensé, pero ni intenté comentarle mis impresiones. Después nos fuimos a ver un rato la tele. Pasaban una cinta de Hitchcock. Durante la emisión permaneció

mudo, con la mirada clavada en la pantalla pero sin ver las imágenes. Al menos hasta que llegó una secuencia en la que un tipo sin rostro interrumpía una partida de póquer. Eran unas imágenes surrealistas, salidas de la mente del más inspirado Dalí. Vi cómo se encendía su expresión. Algo había captado en la imagen que le había traído recuerdos pasados, supuse. Me miró y vio mi turbación, que por otro lado no me molestaba en ocultar, y me sonrió. Fue cuando recordé los semblantes sin definir de los personajes de las paredes. Mi curiosidad volvió a aflorar.

Esa noche dormí con un sueño cargado de héroes de papel que me acosaban. Ninguno de ellos tenía rostro. Fue un sueño extraño; una acumulación de sensaciones que el subconsciente se encargaba de reordenar, convirtiendo el sueño de la razón en un reinado de monstruos.

* * *

Así pasaron los días y las semanas. Arturo se volvió incluso más generoso, y raro era el sábado que no me traía algún regalo. Sus ojos me miraban con afecto y ternura, pese a que se acostaba siempre muy tarde y seguíamos distanciados en la cama. Mi actitud emocional me resultaba curiosa. Por un lado me sentía algo ofendida por haber sido olvidada físicamente. Por otro luchaba conmigo misma para demostrarle -demostrarme- que el sexo no era lo más importante en mi vida. Así que me encontraba, de tal forma, naufragando entre dos aguas.

Pasaron un buen número de sábados más, con sus correspondientes nuevas láminas que ingresar en la colección. Siempre la misma ceremonia, siempre las mismas palabras, siempre la misma pasión. A mí comenzó a molestarme toda esa ceremonia "cuasi iniciática". Sentí incluso celos de unos malditos papeles. En las etapas de soledad, empecé a rumiar una singular fantasía. Empezaron a obsesionarme esos rostros sin definir. Sospeché que querían decir algo. Arturo era demasiado categórico en sus acciones, en sus reflexiones. Para él todo tenía una razón de ser, medida, precisada con anterioridad. Un mecanismo perfecto que se ajustaba como la severa maquinaria de un reloj suizo. Mi aburrimiento hizo el resto. Semblantes indefinidos, velados, que reflejaban algo. ¿Pero qué?

En cierta ocasión, tomé papel y bolígrafo y escribí los nombres de los héroes sin rostros. Construí una columna que leí una y otra vez, con la esperanza de hallar un denominador común:

Max Audaz

Conan

Idéfix

Estela Plateada

Mister Natural

Roberto Alcázar

El semblante de cada personaje lo tenía ya bien dibujado en mi mente, pero mi curiosidad me llevaba a más. Sabía de qué iba cada cómic de cada personaje, pero las relaciones eran tan caprichosas como absurdas. No me conducía a nada ese camino. Me dije mil veces que estaba loca, que veía fantasmas por los rincones de mi mente; pero no cejaba en el empeño. "Intuición femenina", dicen algunos hombres sabios; algo positivo aseveran a veces de nosotras.

Un día, tras marchar Eduardo a arreglar un asunto relacionado con una subasta de cómics, sucedió un hecho que me alertó demasiado. Salí de la casa con intención de caminar hasta el barrio más cercano. Se trataba de propinarme una caminata después de muchos días sin apenas haber practicado ejercicio físico. Una vecina de uno de los chalés no demasiado alejados vino hacia mí, mirando hacia todos los sitios, como con temor a ser

vista, y me dijo: «Tenga cuidado con ese hombre, señorita. Nadie que haya asesinado a sus padres es de buena calaña». Después se fue y me dejó con mi consternación. En principio pensé que se trataba de una loca de atar; uno de esos personajillos callejeros que viven pegados a las ventanas de sus casas, oteando el horizonte a la busca de algún chisme que contar; no sin antes haberlo hidratado y agigantado con habilidad rural. Pero cierto asomo de duda me vino a la mente. Esa misma noche, tras la cena, mientras veíamos un programa basura de la tele en el que se comentaba la veracidad y eficacia de los curanderos -y en el que la delegación de éstos, compuesta por dos brujas y un vidente, se esforzaba por patear constantemente el lenguaje-, forcé la conversación.

-¿Cómo fallecieron tus padres?

Él se quedó de una pieza. No entendía la naturaleza de la pregunta.

-¿Por qué te interesas por eso?

-No sé -respondí desde la distancia de mi butacón-. He preguntado por gusto. ¿Te he molestado?

-No... Bueno, es que no entiendo por qué preguntas por mis padres. -Intentó sonreír pero su sonrisa era un rictus-. Mis padres fallecieron en accidente de automóvil. Los informes periciales dijeron que se trataba de un fallo mecánico.

-¿Un fallo? ¿De qué tipo?

-Creo que fueron los frenos. El vehículo se salió de la carretera y chocó contra los bajos de un puente. Murieron en el acto y me dejaron solo.

-¿Cuánto tiempo hace de eso?

-Hará siete años poco más o menos. Heredé todos los bienes, ya que soy hijo único. Algunos llegaron a pensar que yo truqué los frenos del Mercedes, los muy hijos de...

-Siento haberte recordado el siniestro -interrumpí, evitando que terminase el hiriente verbo. Él se dio cuenta y quiso enmendar su postura intentando mostrar su perfil más amable.

Pero algo quedó de germen que me preocupó. No sé, una sensación esotérica que me susurraba cosas indecibles al oído. Por eso, al día siguiente, un lunes como otro cualquiera, decidí pasear por rincones apartados y solitarios de la ciudad. Arturo ni me preguntó siquiera dónde iba. Sencillamente necesitaba sentirme de nuevo en libertad.

No sé por qué, quizá por alguna broma del destino, me vi en mitad de la calle donde se encontraba la famosa tienda de cambio. Ante mí había una hilera de casuchas destartadas, mal encaladas, que sobrevivían como podían al paso del tiempo y a las especulaciones urbanísticas: una zapatería -de remiendos-, una sombrerería, un pequeño comercio de marroquinerías, una tienda de antigüedades... Todas ellas antes de la tienda de Kazanian. Lo demás eran casas supuestamente habitables. Todo muy homogéneo; parecían transportadas del pasado. Pensé que la calle, en horas nocturnas, debía ser algo desangelada y siniestra. Llegué a la altura de la tienda de cambio en pocos segundos. En la puerta había viejos expositores con revistas y libros usados. Me acerqué al umbral y miré dentro. Se trataba de un recinto de unos nueve metros cuadrados, no más, abarrotado de cuentos, cómics, enciclopedias; material amontonado sin orden ni concierto. Detrás del mostrador -al que por cierto no le vi puerta de acceso-, estaba Kazanian. Ante él, un joven de unos veinte años regateaba el precio de varias revistas usadas, con la marca roja identificativa. Parecían un poco acalorados. Kazanian miraba al cliente por encima de sus gafas de celuloide negro. Recordé la afortunada descripción de Arturo. Pensé, mirando aquel rostro anguloso, en el nombre de su propietario: Kazanian. Sonaba anómalo, poco occidental. ¿Un apodo? Con toda probabilidad; el acento del tipo era muy andaluz. Me fijé también en el cabello negro

peinado con brillantina hacia un lateral, dejando ver la calvicie a rayas horizontales. «Se tiñe», pensé, mientras los dos ultimaban el negocio. El joven se llevó las revistas y Kazanian introdujo el dinero con sigilo en una especie de caja que guardaba a los ojos de los clientes, tras una gigantesca columna de clásicos ilustrados. Sin saber a qué orden interior obedecía, mis pies bajaron el escalón -el local estaba a más bajo nivel que la calzada- y me vi en mitad del pequeño espacio reservado a los clientes.

-¿Qué desea? -me preguntó mirándome a mí también por encima de sus gafas-. Cambiar o comprar.

Después observó mis manos y añadió ante mi mutismo:

-Comprar, sin duda.

-Bueno, pasaba por aquí y... -dudé un instante, sin saber qué es lo que decía; las palabras salían torpes de mi boca-. Bien... Soy coleccionista de originales. Me agradecería saber si dispone de ellos.

-¿Originales de qué?

Su mirada se volvió algo huraña, escudriñadora. Cruzó los menudos brazos encamisados y esperó mi respuesta. Él mismo parecía un personaje de ficción, extraído de una de esas historietas misteriosas llenas de sorpresas visuales y de esos ángulos finamente rayados a plumilla que tanto gustaban a Arturo.

-De cómics.

-Ah, ya. Desea ejemplares sin reeditar, originales antiguos...

-No -lo interrumpí; me sorprendí a mí misma con las preguntas-. Deseo dibujos originales. Historietas, inéditas o no, pero originales; nada de reproducciones, fotocopias o papel impreso.

-La entiendo a la perfección, señorita, pero no comercio con pinturas ni dibujos. Lo mío son las revistas y los viejos libros difíciles de hallar en cualquier otro sitio.

-¿De veras no tiene nada de lo que le pido? -Mi voz sonó cascada de nuevo, sin personalidad. Kazanian negó con la cabeza, en tanto yo arremetía con un arresto de falso valor-. Estoy dispuesta a pagar bien. Muy bien.

-Creo que no ha entendido mis palabras, señorita. No tengo lo que me pide... Y ahora, si me hace el favor, necesito catalogar unas cuantas colecciones.

Se volvió hacia una de las esquinas y tomó un montón de revistas muy deterioradas. Asió un rollo de cinta adhesiva y unas tijeras. Me miró de reojo, y las tijeras, en sus manos, brillaron bajo la luz de la bombilla colgada del techo. Una bombilla coronada por telarañas, sin más aderezo. Sentí una alarma interior. El tipo mentía con descaro, por lo que no debía permanecer más tiempo allí. Así que me volví, justo en el momento en que Kazanian esbozaba una sonrisa sardónica. Su ojo izquierdo parecía más acuoso, más gacho y enterrado entre los arrugados párpados. Cuando mis pies subían el escalón de la entrada, sufrí la extraña sensación de ser agarrada por detrás, de no poder salir de la pequeña estancia. Pero todo estaba en mi mente. Oí de nuevo su voz a mis espaldas y se me erizaron los vellos de la nuca.

-Vaya con Dios, señorita.

No me volví. Salí del local y de la calle en un santiamén. En mi vida había sentido una sensación más desagradable.

«¿Para qué has preguntado por los originales?», me cuestioné una hora más tarde sentada en una cafetería céntrica, al abrigo de un café caliente y de una humanidad gris que me rodeaba pero que, sin embargo, me proporcionaba seguridad. Ahora lejos del submundo en el que creí haber entrado.

Para mi imaginación -cuestión de sensibilidad de artista- sufrí la horrible fantasía de haber visitado la guarida del diablo.

* * *

Y llegó la víspera del último sábado. El tiempo hacía semanas que se había enderezado. Sol y pocas lluvias. Pero ese viernes había amanecido con el cielo encapotado, sombrío y melancólico. Por la noche, entusiasmado, Arturo no hacía más que referirme su ansiedad por terminar el relato completo. Al fin sabría la identidad de aquel asesino encapuchado que jamás dejaba ver sus facciones. Volvía a mostrarse como ese niño que llevaba encerrado dentro; como un crío ante su mejor noche de Reyes. Sacó el álbum de la historieta y anduvo leyéndolo desde el principio. Sus manos parecían temblorosas y su mirada viva como la de un lince. Desde mi butacón lo observaba sin perder detalle.

-¿Es por el desenlace? -pregunté.

-¿Cómo? -Sus ojos se abrieron sin dejar de perder la sonrisa.

-Pregunto si tu interés se basa en conocer al asesino y el móvil de los crímenes.

-Ah, ya -contestó devolviendo la vista a la historieta-. No es sólo eso. Con la última lámina cierro la colección. Tendré así la obra completa.

-Pues mañana se hará realidad tu sueño y dentro de unas semanas el cómic descansará en su estantería, casi olvidado por ti.

Me miró de nuevo, la sonrisa más endéble, los ojos algo entornados. Creo que dije algo que no se ha de decir jamás a un coleccionista empedernido.

-Esa historia de amor, esos sentimientos, sólo me pertenecen a mí -dijo.

Tras sus escuetas palabras se hizo el silencio absoluto, sólo roto por el sonido de pasar las plastificadas hojas del álbum. Me acosté y no volví a saber más hasta el día siguiente.

Yo dormía, pegada a las sábanas de nuevo, como si me hubiese drogado. Oí ruidos en la biblioteca y me levanté de la cama. Me puse el batín y, con pasos indecisos, entré en la estancia. Eduardo estaba allí, caminando como un animal acorralado desde una a otra esquina. Yo no entendía nada, pero sabía que habría tormenta.

-¿Qué sucede? -pregunté.

Él me miró sin dejar su obsesiva marcha.

-Sucede, maldita sea, que ese mal nacido no quiere venderme la última lámina. Me presenté más temprano que nunca y le solicité el final del cómic.

-¿Y?

-Y ahora ya no me dijo eso de: «Necesito comer».

-¿Te pidió más dinero?

-No exactamente. Yo le ofrecí el doble, después el triple... Así hasta cincuenta mil pesetas.

-Y él nada, ¿no?

-Sí. Me pidió cien mil. Como si me la regalase, el muy hijo de perra.

Me di cuenta de su malestar, de su excitación. Vi su rostro enrojecido por la ira y la indignación, dejando aflorar su lado oscuro.

-Arturo, por favor, qué tal si hablamos sentados.

-Estoy mejor así; no te preocupes. -Me miró como fulminándome por la sugerencia; yo, apoyada en el marco, los brazos cruzados, no daba crédito a la situación. Levantó su índice diestro para continuar:- Y yo acepté, maldita sea su estampa. ¡Acepté!

-¿Le ofreciste el dinero que te pedía?

-¡Sí! -gritó-. Pero lo pensó mejor y dijo que la lámina estaba en su casa, y que, mejor mirado, no quería deshacerse de ella. Que deseaba guardarla de recuerdo. Y yo no puedo permitir eso.

-¿Qué es lo que no puedes permitir, Arturo? ¿No saber el desenlace, o no acabar la colección?

Negó con la cabeza.

-Que ese cabrón se salga con las suyas. Conmigo no juega nadie.

-¿Y qué piensas hacer ahora?

Se detuvo de golpe y me miró. Sus pequeños ojos azules parecían encendidos, como si desprendiesen fuego.

-Volver. Volver y convencerlo por las buenas o por las malas. Ese usurero no sabe con quién negocia.

Salió de la biblioteca tropezando conmigo. Fui a detenerlo, pero algo dentro de mí me dijo que no me entrometiese. Aquello olía a pasión desbordada, y un sexto sentido me recordaba que estaba más guapa quietecita. «Vete de aquí, estúpida -dijo mi voz interior-. Vete que aún estás a tiempo.»

Pero no me fui. Esperé a ver qué sucedía. Una tormenta se desató en el exterior oscureciendo la mañana, con la intención de no remitir. La palabra «asesino» reverberó en mi mente. Me acordé de aquella vecina y de su peligrosa y osada revelación. La razón era el haber visto reflejada en la faz de Arturo una mortecina luz de locura que, para mi fuero, podría degenerar en el homicidio más atroz. Recordé de nuevo las figuras sin rostro, la turbación de él al ver aquel personaje sin facciones de la película. Ese detalle significaba bastante para Arturo, no cabía la menor duda. Me fui hasta la biblioteca y me senté en el sillón de su despacho. Escribí de nuevo los nombres de los héroes del cómic y leí y releí buscando de nuevo un denominador común. Ya que ninguno guardaba una relación aparente, directa, me fijé en los primeros caracteres de los personajes. Así, escribí: *M, C, I, E, M* y *R*. Comencé a barajar las distintas posibilidades de combinar las letras para que ofreciesen una palabra coherente. Durante cinco minutos anduve con los ensayos, hasta que apareció algo que me inquietó bastante. Entre las pocas combinaciones, surgió una que, aunque absurda, traía ecos de peligro: *CRIMEM*.

-¿Crimem? -me dije en voz alta.

Entonces leí de nuevo el nombre de los personajes y lo vi todo con claridad. Mister Natural era la clave. La inicial no debía tomarla de *Mister*, sino de su nombre: *Natural*. Estaba tan claro como una mañana de estío. Pero lo peor no era la palabra en sí, sino la intencionalidad que pudiese abrigar. ¿Acaso estaba indicando Arturo que su herencia se apoyaba en un acto criminal? ¿Había asesinado él a sus padres? Me pareció tan turbadora y terrorífica la idea, como la intención de jugar con algo tan siniestro.

-Dios mío -murmuré-. He compartido lecho con un sociópata asesino... con un psicópata.

Mas parte de mis pensamientos me decía que todo podía deberse a una confusión, a una broma del azar. Que Arturo era una persona normal, que sentía y padecía como el resto de los mortales, ni más ni menos. Que no debía hacer una montaña de un grano de arena.

Eran más de las dos, cuando, tras haber mal comido una tortilla española que me preparé sin demasiado celo -se me quemó un poco y amargueaba-, apareció Arturo con una bolsa de plástico en las manos. Venía empapado por la lluvia. Se sentó en su sillón, abatido, jadeando, apoyó la bolsa en la mesa; yo entré y lo miré desde la distancia.

-¿Qué ha pasado, Arturo? -pregunté asustada, pero no queriendo mostrar mi debilidad-. ¿Te la ha vendido?

Entonces no reparé en que la lámina se hallaba dentro de la bolsa. En el exterior se perfiló un potente rayo, que daría paso segundos después a un sonoro tronar.

-No. No quiso.

Me senté y le pedí que me contara lo ocurrido. Él me miró y se mantuvo en silencio durante un par de minutos que a mí me significaron una eternidad. Parecía desconfiar de mí. Después habló y habló sin parar, hasta contarme el más mínimo detalle de su escabrosa experiencia...

* * *

-Cuando salí esta mañana de casa -comenzó diciendo-, marché directo a su local. La tormenta me pilló de lleno, pero en aquellas callejuelas se puede dejar el coche en cualquier sitio. Kazanian, al verme, sonrió de manera más acusada que nunca. Parecía disfrutar con mi nerviosismo. Le pregunté si estaba loco; si lo que deseaba era conseguir un buen montante por la lámina. Incluso si la había vendido a otro coleccionista. Y me contestó, siempre tuteándome, que la lámina estaba en su casa, a buen recaudo. Entonces le propuse comprarle una vieja colección de cómics que en cierta ocasión rehusé, con la intención de replantear la negociación, de ganar tiempo. Me miró con mirada torva, de aguilucho raquíptico, como queriendo sopesar mi interés. «¿Ahora te preocupas por esa colección? -preguntó arrastrando casi las palabras; después, siempre tuteándome, añadió-: «¿Cuánto te pedí por ella?» Yo contesté la cantidad de quince mil pesetas. Se quedó pensativo, frotándose el mentón. «Ahora te pido treinta», susurró como si con él no fuera la cosa. Yo contesté con un «¡Hecho!» que resonó en la pequeña estancia. Ante mi euforia aparente me dijo que la colección la tenía en casa; que viniese ese mismo sábado pero por la tarde. «Mire, Kazanian -dije procurando aterciopelar un tanto la voz-, está lloviendo a cántaros y aquí no va a venir nadie más; así que vamos para su casa y allí cerramos el trato.» Saqué la cartera y le mostré un fajo de billetes de diez mil, que consiguió que su ojo casi tuerto se abriese a más no poder. Miró al exterior, después de un lado a otro, como si quisiese hablar con las arañas de las esquinas del local. «Sea», contestó lacónico y, ante mi asombro, saltó el mostrador hasta llegar junto a mí. Nunca me había colocado a su lado: me pareció más pequeño incluso que cuando se mostraba tras el mostrador. Tampoco imaginaba su agilidad felina.

»Después de abrir un negro paraguas como su alma, que tenía una de las varillas sueltas, salimos a la calle. La lluvia era intensa, demasiado quizá, aunque no hacía frío. Callejamos por un entramado perdido, de casas de una sola planta, casi todas abandonadas, sin cruzarnos con ninguna alma perdida entre la borrasca. De repente, en pocos minutos, nos plantamos ante su destartalada vivienda. Sacó unas llaves como pudo de su pantalón, con el paraguas sujeto con el antebrazo, y abrió la puerta. Me cedió el paso, después entró él y encendió la luz; finalmente cerró la puerta. En segundos, nos hallamos en el interior de la vieja vivienda.

»No sé dónde vi algo parecido. Puede que en una de esas viejas cintas mudas alemanas, en las que las paredes se veían tan inclinadas que parecían querer derrumbarse de un momento a otro. Todo decadente, abandonado, sin cuidado ni mantenimiento. El agua caía desde el techo en forma de mil goteras. Había unos plásticos bombeados colgados desde las cuatro esquinas de los techos, con un pequeño orificio central, desde donde se drenaba el agua hacia unos cubos colgados inmediatamente debajo. Una imagen tan deprimente como caótica. Las paredes se veían hinchadas, sin más decoración que los dibujos que dejaban los caprichosos parches de la humedad. Eso sí, había columnas de libros y revistas por todas las habitaciones. La casa era pequeña, pero sólo la cocina y un minúsculo aseo se veían despejados del material gráfico. Recibidor, salón y hasta el dormitorio de su propietario contenían tal cantidad de tebeos, revistas y libros, que era prácticamente imposible transitar a través de ellos. Algunos plásticos protegían las columnas y las estanterías metálicas, por si la gotera se volvía más rebelde. «Esto es increíble -dije sin dejar de prestar atención a esas montañas de cultura gráfica que me rodeaban-. Aquí debe haber cientos de colecciones completas.» Kazanian me miró con la sonrisa amplia. «Aquí hay más de lo que puedes imaginar -susurró frotándose las manos; más por satisfacción que por la posible humedad ambiental-. Pero bueno, vamos al negocio.» Se desplazó hasta su dormitorio y trajo un paquete de cómics atados con una cuerda. También una hoja dibujada. Me di cuenta en seguida de que se trataba de la última lámina de *Rostro tenebroso*. No sabía entonces a qué se debía su actitud; incluso sospeché que había cambiado de opinión y me iba a pedir las cien mil pesetas. Colocó la lámina cerca de nosotros, depositándola en una pequeña mesa que había junto a la puerta de acceso a la cocina. La ignoró y después me ofreció el fajo. «Aquí está la colección. Lo acordado es lo acordado; así que págame. Necesito comer.»

»De nuevo aquella frase. Pero ahora la encontraba burlesca, surrealista; como si se estuviese riendo de mí en mis propias narices. Ya sabes, que si los viciosos somos esclavos de nuestros vicios y cosas por el estilo. En mi interior bulló un volcán; el fuego quería salir al exterior por los poros. Le dije que él sabía que mi intención era irme de allí con la lámina que había depositado en la mesita, que estaba dispuesto a darle el dinero pedido, pero lo único que hacía era sonreír y acariciar el paquete de revistas. «Necesito comer», repetía una y otra vez. La frase comenzó a entrar en mi cerebro convirtiéndose cada vez más aguda, como un estilete; como el estilete de oro y piedras preciosas del encapuchado de *Rostro tenebroso*. Mi vista se desplazó hasta una esquina. Entre dos estanterías metálicas, oxidadas, había un pico, una pala y una picola, junto a un saco de cemento. Mi mente parecía ausentarse del lugar, hasta el punto en que apenas oí el último comentario de Kazanian; o quizá es que habló tan bajo, tan en susurro, que apenas se le oía. Dijo algo así como: «Nunca será tuya, imbécil». Mis piernas reaccionaron como accionadas por algún resorte y me lancé hacia la picola, ante su expresión asombrada. Fue una fracción de segundo. La herramienta en mis manos, bien atenzada, el tipo mirándome con los ojos abiertos, como si hubiese visto una parrafada imposible en un guiñón estudiado. Me planté frente a él en un santiamén. Gracias a mi estatura descargué la picola con firmeza sobre su cráneo, que se partió como si fuese un coco. La sangre saltó con tal capricho que apenas me salpicó. La pared próxima, no obstante, se pintó de un rojo intenso y brillante; también las estanterías cercanas. Kazanian, que había permanecido de pie durante un par de segundos, la picola clavada en su cráneo, se desplomó y quedó de rodillas. Sus ojos abiertos, desde abajo, me miraban sin expresión. Era la mirada de un borrego en el turno del matadero. Después cayó hacia delante y la picola salió despedida hasta mis pies.»

»Me quedé clavado en el suelo durante un par de minutos, o puede incluso que más, con la mente ida, en otro lugar. Acto seguido, mi voz interior me dijo que saliese de allí rápidamente. Tomé el cómic y lo metí en esa bolsa de plástico que ya has visto encima de la mesa, después tomé la picola; abrí la puerta de la casa y me enfrenté a la tormenta que azotaba la ciudad. Minutos más tarde pasaba por el puerto hasta llegar a un lugar apartado. La tupida lluvia ayudaba. Lancé la herramienta al picado mar y me alejé raudo de allí. Luego llegué a casa y te encontré a ti esperándome.

»Ésa es mi historia».

* * *

Terminó de hablar y noté cómo su mirada se perdía por el techo. Parecía enloquecido, como si la razón huyese de su mente a pasos forzados.

-Asesinaste a tus padres, ¿verdad?

Me sorprendí por la valentía de mi pregunta. Estaba ante un loco homicida y tenía arrestos para acusarlo de sus crímenes, en soledad. Él me miró; bajó de nuevo a este mundo.

-Tú no sabes nada -dijo-. Ahora no seas impertinente; deseo leer el final del cómic.

-Esas figuras sin la faz componen la palabra muerte. Es tu sello personal, ¿no es cierto?

-¿No tienes miedo? -preguntó con expresión sonriente; comenzó a levantarse para venir hacia mí-. No seas absurda, querida. No creerás que lo que te he contado es verdad...

-Quédate donde estás -dije mientras me levantaba también con la intención de marchar hacia la puerta de la casa.

-Es todo invención. Pagué las cien mil pesetas, ¿sabes?

Me fijé en sus zapatos. Estaban con la apariencia de haber sido barridos por la lluvia; en sus pantalones se atisbaba cierta mancha sospechosa.

-Si das un paso más...

-Chillarás -terminó él-. O quizá te desmayes y no llegues a la puerta.

Comencé a caminar hacia atrás, de espaldas, despacio, seguida por Arturo, intentando no tropezar con ningún mueble. Oí cierto ruido en el exterior, pero pensé que se trataba de la lluvia. Sonó el timbre y mi instinto primario fue gritar. Un grito agudo, largo, sostenido, que habría envidiado cualquier realizador de películas de terror. La expresión de Arturo era demencial. Abrió los ojos al máximo; con el índice en los labios parecía decirme que guardase silencio. Pero la puerta de entrada estalló, como si hubiese sido derribada por un obús. La policía entró y, sin apenas enterarme, arrojaron a Arturo al suelo y le pusieron las esposas. Todo sucedió de manera extremadamente rápida.

-Tranquila señora. Su marido... -dijo el que parecía ser el inspector. Un policía vestido elegantemente, con un bigote espeso, enorme, que tapaba sus labios.

-No es mi marido -susurré horrorizada.

-Sea quien sea para usted, es un psicópata peligroso. Un tipo nos llamó por teléfono diciendo que iba a ser asesinado en breve. Nos pareció la llamada de un loco. Mandamos, no obstante, un coche al lugar descrito, y llegó justo cuando este hombre salía de la casa. -Lo señaló con expresión de desprecio-. Lémos la matrícula por si acaso. Después hallamos el cadáver y, tras la información de Tráfico, hemos venido para acá volando.

-Si tardan un minuto más, encuentran otro cadáver -dije entre tanto caía abatida en el sofá.

Después llevaron a Arturo al vehículo de la policía, sin que nadie reparase en la bolsa de plástico. Mientras trabajaban, mis pensamientos se centraban cada vez más en el esotérico detalle de que ese tipo, Kazanian, sabía que iba a ser asesinado. Sentí un estremecimiento profundo, como si fuerzas de este mundo se desatasen con virulencia en torno a mí. Oí la voz de Arturo, desde el coche.

-¡Déjenme leer el final! -gritaba con la voz tamizada por la lluvia y por las locuciones de los policías.

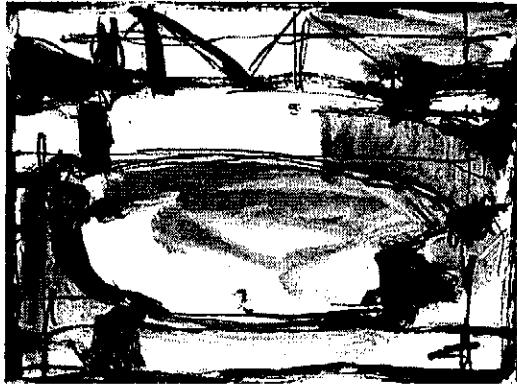
Tomé la bolsa con delicadeza -mis manos temblaban-, saqué la hoja de su interior y la deposité encima de la mesa. Me fijé en la última viñeta, en la que el encapuchado era liberado de su capuz y mostraba su cara a unos personajes asombrados al enterarse de su auténtica identidad. Curioso y fortuito: una pequeña mancha de sangre -de Kazanian- tapaba la faz por completo. Saqué un pañuelo de mi bolsillo y arrastré la sangre como pude por el recio papel, con la intención de despejar aquellos reveladores trazos. Pese a que quedaba manchado de rojo, algo fue saliendo a relucir. Mi mirada no podía estar más atenta. Moje con un poco de saliva el papel y seguí arrastrando el pañuelo. Al final, pese a una espantosa mancha extendida a lo largo de la viñeta, quedó libre el rostro del enmascarado.

En aquella minúscula porción de papel aparecía la cabeza del asesino. Un rostro limpio, ovalado: ¡un rostro sin rasgos!

No sé qué sucedió a continuación, pues me desvanecí ahogada por un océano de espesas tinieblas. Desperté dos días después en la cama de un hospital. Mis padres estaban sentados junto a mi lecho; un policía estaba en la puerta, esperando indicaciones médicas. Parecía querer entrevistarse conmigo.

Cuando acabó toda la pesadilla -Arturo entre rejas y yo afortunadamente alejada de cualquier tipo de sospechas-, intenté rechazar los fantasmas de mi subconsciente. Deseaba enterrar las tormentas definitivamente. Volví a la pintura como terapia, hasta conseguir las mejores muestras de mi arte. Labor que continuó en estos momentos. No obstante, mis críticos dicen siempre lo mismo, una y otra vez, hasta cansarme: «Los paisajes son excelentes, pero los rostros de los personajes, pese a su perfección formal, parecen sin vida; como si no tuviesen rasgos definidos».

La existencia, a menudo, es así de amarga.



PALABRAS CON NOMBRES

Juan Felipe Simón Sanjuán



Al vuelo de golondrinas

A Alejandro Simón Carpintero

La golondrina blanca
vuela que vuela,
blanquiverde es la brisa,
azul la sierra.

La golondrina negra
pía que pía,
planea un desconsuelo,
quiebra una risa.

La golondrina blanca
mira que mira,
un reflejo de alas
en agua tibia.

La golondrina negra
calla que calla,
dos corazones vibran,
ecos de plata.

El jazmín

A Anita Sánchez Casado

En el balcón de la sala
 (abierta al mundo la puerta)
briega el jarmín, serpea
y su presencia delata.

Tal como su cuerpo arrastra
sobre la pared enhiesta
clava las garras en piedra
y exhala alientos de nácar.

Por entre sienes de oliva
resbalan anclas mohosas
que esparce la suave brisa.

¿Adónde irán los aromas
cuando rozan con sus risas
la piel de todas las cosas?

Ben Abi Ruh

"Detente junto al río de la Miel, párate
y pregunta."

Ben Abi Ruh, magnate y poeta de
Algeciras (S. XII)

Bien sé que nos hemos visto
(aunque pasara algún tiempo;
más o menos ocho siglos)
entre palmeras y helechos.

Recuerdo aquella ribera
custodiada por granados,
algunas parras, higueras,
moreras, cañas, naranjos.

¿Recuerdas los azahares
que se abrían a la brisa
del aliento de los mares
bajo el sol de mediodía?

¿Y las quèbradas melosas
donde cada primavera
entre nutrias, mariposas,
se bañaban las adelfas?

Aún veo las estrellas
que los juncos pretendían
(ebrios de rumor de piedra)
cuando el lucero dormía.

¿No añoras las nobles barcas
sobre la arena dormidas
rumiando velas de plata,
bañadas de noche herida?

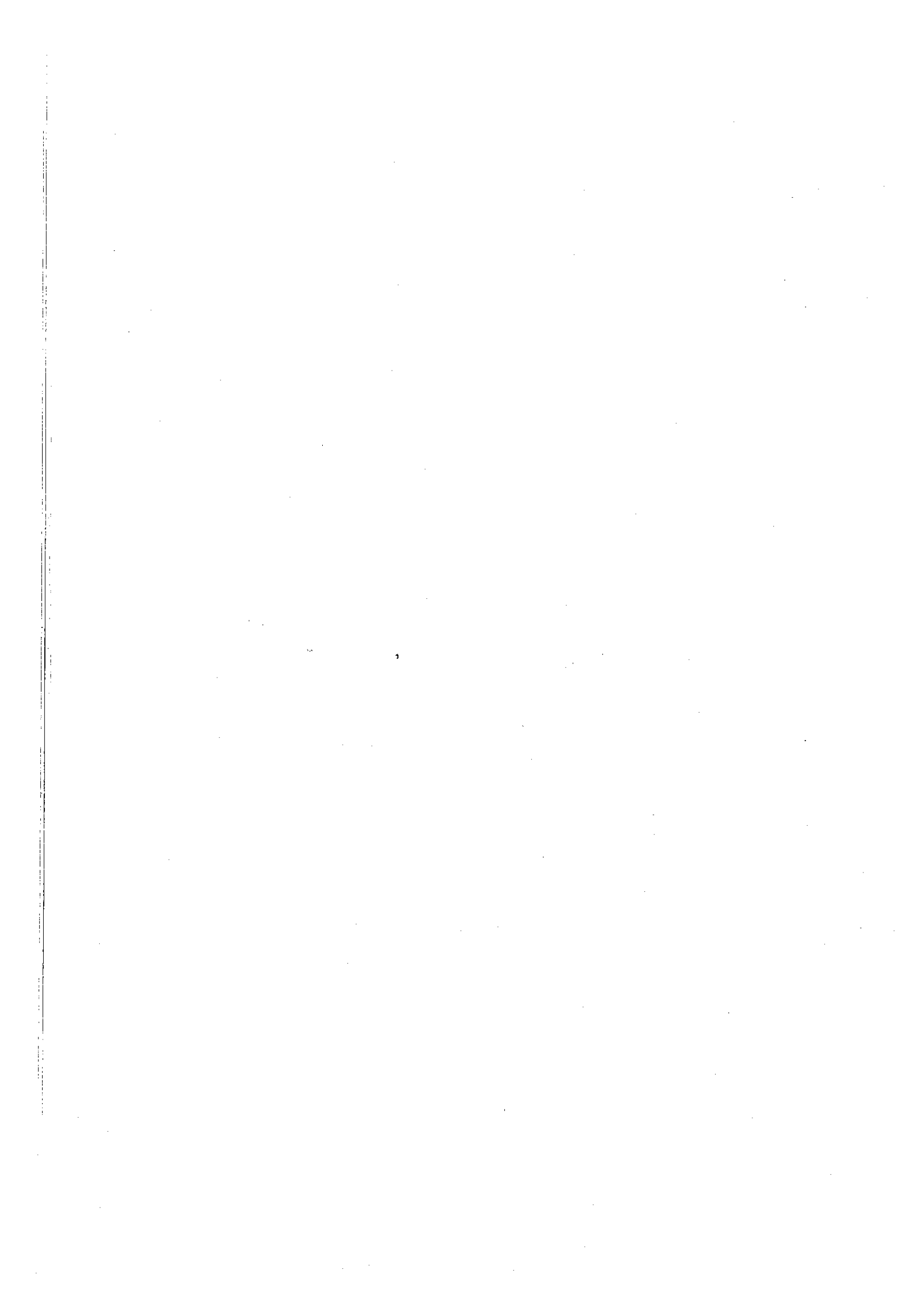
Se bien que hemos coincidido
magnate, amante, poeta,
bordeando sierpes del río
cuando la aurora despierta.

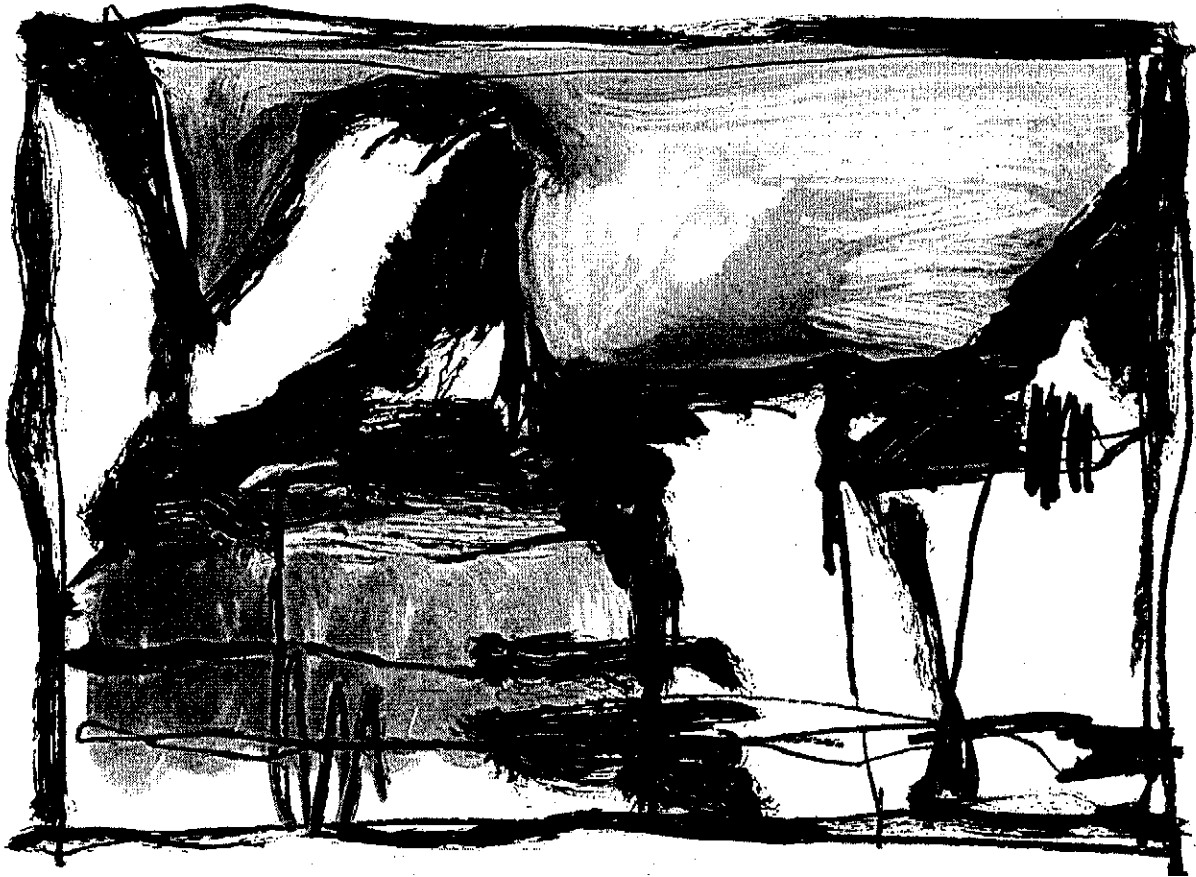
Sorbíamos ecos, sueños,
que el muecín de Isla Verde
sobre las copas del tiempo
rociaba del minarete.

Walt Whitman

"Al tener un libro ente las manos, en
nuestros dedos, no descansan unas hojas sino
que tiembla un hombre."
Walt Whitman (1819-1912)

¿En qué instante del Alba ya nos habíamos visto, rozado
o sentido?
¿Quiénes, qué fuimos, somos, serenos?
Pienso que nunca sabremos mucho más de lo que sabemos.
Bien sabemos ya casi como vivimos.
Vivimos en este Mundo, el Nuestro. A veces, sólo a veces,
logramos salirnos y viajar a otros
mucho más hermosos, más generosos, más abiertos.
Pero el Nuestro es éste. El que oímos antes de ver;
el que tocamos y olemos antes de hablar;
el que lloramos antes de reír; el que presentimos
antes de conocer; el que vivimos desde antes
de nacer hasta después de morir.
He paseado por tus Hojas de hierba y he recibido divinos
escalofríos, un rayo azul y verde de terrenal
universalismo, un surtidor de aliento telúrico.
Vi por momentos tu Cuerpo infinito y místico y desgarradamente
humano, caminando por valles y desiertos.
También tu Alma eterna gozando de los mares, de los hombres,
de las tierras.
Walt Whitman, panteísta de la grama hasta las estrellas,
acompañame, préstame tu voz, que quiero entonar contigo
un Canto de mí mismo.





LOS ALCORNOCALES

(1996-1997)

Juan Jesús Huelva

















Resbalaba el agua hacia las márgenes del río
y quedamente, el murmullo de la mañana
se postraba en lejanía;
cuando la luna fue poniendo su halo de querencia
sobre el puente y los surtidores.

Aquellos hijos, engendrados en albor
de un tiempo remoto
negaron a sus días la presencia de yugo alguno,
no ataduras a la voz del viento
ni a la caída de las hojas;
sólo resucitará entre el temblor de la luz
el verso de Aben-Hazzam,
acompañante en las riberas de aquel, su río,
oh, Guadalquivir.

Entre penumbra, un resquicio de claridad
donde la transparencia es observada, cual lenguaje de signos
que se desprendiera de las rocas.

Sigilosamente, tiembla la tarde en oquedad de montes.

Una vez hubo sido derramado el último eco de los barrancos,
hasta colmar laceradas lenguas de tierra,
se atisba Ronda
girando en torno al rigor de miradas
y en absorto silencio de calles cobalto.
Rememora aquella historia transida de siglos
que hablara la lengua de profetas
y extendiera, ante un horizonte de sombras,
su faz de media luna.

Al-Yazirat-Al-Hadra, aquella verde isla de esplendor,
entre juncos y yerba
clamando del mar, el rumor de olas.

Aquella que de jinetes fue favorita
y loada por Ibn-Abi-Rhu,
duerme sobre una bahía de olvido,
tatuada de muerte.



NAUFRAGIOS

José Sarria Cuevas

MIS VIEJOS

A mis padres, siempre.

"[...]pero a esta altura qué otra cosa
puedo hacer yo que divertirla
con cuentos ciertos o inventados
comprarle una tele nueva
o alcanzarle su bastón"

(Mario Benedetti)

Se me fueron haciendo viejos,
apenas, sin decir ni una palabra.
Pasó el verano,
más de un invierno, el otoño,
y alguna que otra primavera.
Recuerdo que al principio
fueron los cuentos,
el catecismo, las cartillas,
y mis viejos seguían esperando,
ausentes, sin alzar la voz.
Más adelante
llegaron sobrios libros
de latín, de gramática,
de historia, a la vez que el calendario
seguía inexorable
el ritmo de las horas. A mis viejos
no se les oyó nunca pronunciar
una demanda,
ni siquiera a ninguno
de ellos se les ocurrió pedir
el libro de reclamaciones.
Después llegaron los periódicos,
los boletines oficiales,
montones de recibos y contratos.
Los viejos guardaban silencio,
su silencio de siempre.
No sé si hoy será,
quizás, un poco tarde.
Les veo, a mis viejos, demasiado agotados.
Sólo me queda una visita
a la semana,
una cajita de bombones,
contarles que me va muy bien
en los negocios, y mentir
para hacerles felices,
alcanzarles de vez en cuando
su bastón y cuidarles,
como se cuida de los hijos.

PECADOS

Poseo todo un atlas de pecados
que abarca las fronteras de tu cuerpo:
pecados de lujuria, de conciencia,
pecados de omisión, contra natura,
infracciones esbeltas y deformes,
pecados que jamás se sometieron
a normas ni promesas, casquivanos,
simples pecados, sin adjetivar,
o pecados mortales, graves, como
la oscuridad del Hades. El muestrario
de mis faltas incluye mil colores
y formas, se conjugan en presente,
en pasado o en futuro; y no busco
salvarme ni el perdón de los pecados,
porque en ellos encuentro, cada día,
el despliegue sagrado del deseo
que me ofrecen los mapas de tu piel.

NAUFRAGIOS

"Se naufraga para algo"
(Álvaro García)

Podría soportar
toda una travesía
transoceánica.

Me siento habilitado
para hacer frente al oleaje,
a las duras tormentas
o a los adversos cambios
de climatología que acontecen
en alta mar.

Incluso juro
haber atravesado el Cabo de Hornos
en más de una ocasión,
como atestiguan los aretes
que cuelgan de mi oreja.

Pero ante el mar helado de tus ojos
se encuentran encallados
todos los barcos de mi flota.
Inútiles naufragios que no sirven
para nada.

LOS AÑOS

¿Quién invitó a los años?
¿Quién les confió las llaves de la casa?
Viajaban en mi coche,
me esperaban puntuales cada lunes
a la puerta de la oficina.
Sin ningún tipo de pudor
tomaron mis medicamentos,
mis camisas, mis libros,
incluso utilizaron mis tarjetas de crédito.
Los años,
obstinados, siguieron
entrando por debajo de las puertas,
por las ventanas,
a través del dial de la radio.
Tercos, empecinados,
acabé sucumbiendo
a su asedio. Hoy ya no puedo
vivir sin su presencia,
incluso me parece grata su compañía.
Y en algunos instantes
pienso qué hubiese sido
de mí sin la insistencia de los años.

INSOLVENCIA

Me gusta tu insolvencia
que es vivir cada día
como si fuese el último minuto
de un condenado a muerte

Me gusta tu insolvencia
que no compra los besos
a base de hipotecas.

Me gusta tu insolvencia
que no es renuncia ni derrota
sino grito de guerra, rebelión,
contraste.

Me gusta tu insolvencia
a pesar de mis dólares,
y en contra de mis talonarios
porque nunca quisiste más riqueza
que la que se conjuga
en presente, sin fondos de pensiones,
ni amor a largo plazo.

Mi saldo es éste: yo tan pobre,
y tú, tan rica a base de insolvencias.

HOLLYWOOD

Nunca aprendí a besar
con los ojos cerrados.

-Bésame como lo hacen
las estrellas de Hollywood-
me decías desde el cinemascope
de tus labios carnosos.

Llevado por el miedo
a una caída libre
por aquel tobogán
de saliva, lenguas y dientes,
mantenía mis ojos
abiertos: centinelas
de una adolescencia perdida
entre besos de Marilyn,
Rita Hayworth o Cary Grant:

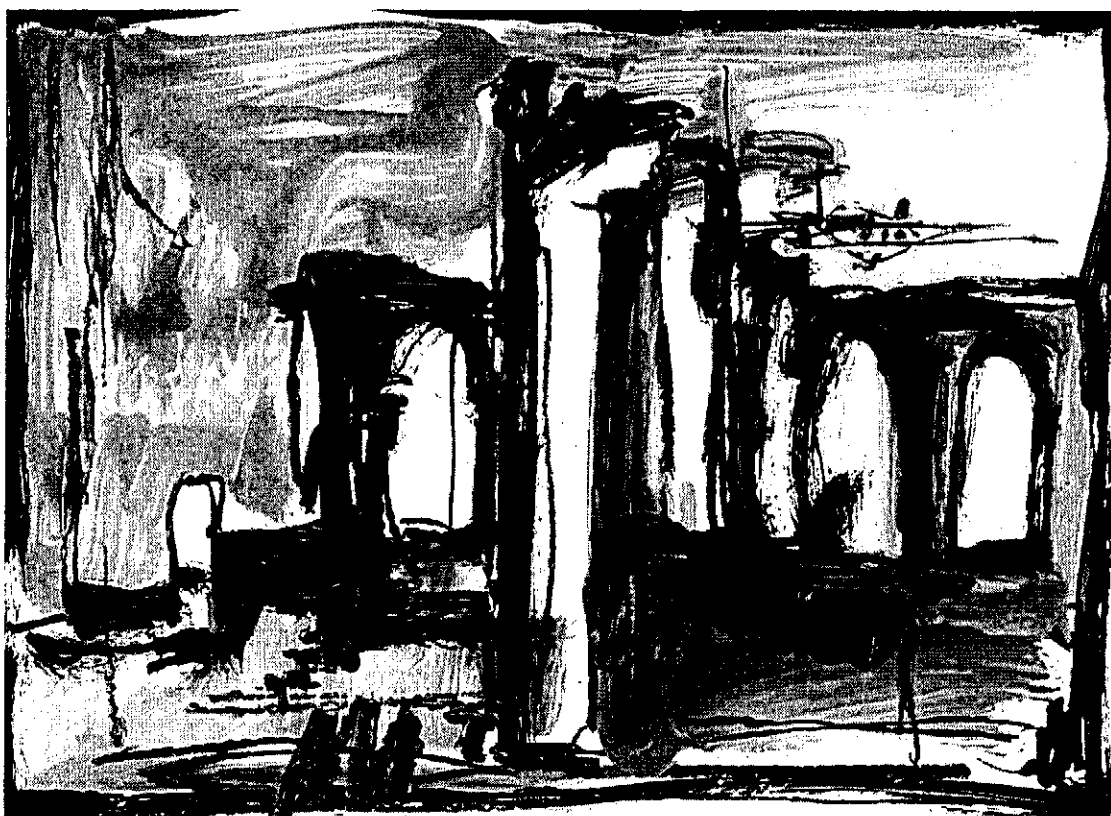
con ellos quise
aprender a besar
con los ojos cenados.

MATRIMONIO

Tú nunca me dijiste
que yo fuese tu príncipe
azul. Nunca entonaste cánticos
ni escribiste jamás un verso
con que inmortalizar
las virtudes que nunca tuve.
Nunca jamás me diste una palabra
de aliento. Si lloré,
nunca fue por amor,
sólo mientras picaba las cebollas.
Jamás capitulaste
a mis encantos, aunque pienso
que mis merecimientos eran pocos.
Es triste,
pero tengo que confesarlo:
después de más de veinte
años de matrimonio,
reconozco que tú
tampoco eres mi tipo.

DONDE SÓLO HABITAN LA NADA Y SUS OLVIDOS

José Luis Tobalina Cuerda



Te he invocado, táctil, esta noche
porque preciso con urgencia de tus recorridos.
Mi piel, áspera, se contrae a golpes de recuerdos.
Busco el deletreo de tus dedos:
pasión,
ausencia,
odio,
miedo.

Te he invocado, a solas, esta noche
porque quiero reconocerte, por fin,
en toda la dimensión de tu presencia.

Solo, sueño un susurro de tu seno,
una señal de tu silueta
hecha voluta veloz en su vuelo de viruta.
Y soy ceniza, paz,
 miedo,
 pánico,
apenas nada, un tímido latido sin ritmo
que deja la palabra como un parto o una promesa
en el lugar de partida,
para que la luz se haga
líquido fúndido en lo profundo de tu lago

Sigilosa llueve la nostalgia
para que no me duela
ni la oiga.

El tiempo me ha vencido,
nos ha separado el dolor
y ya no queda consuelo.

He escuchado tu voz
proclamando un adiós enternecido y triste,
evacuando lágrimas,
diluviándose con fértiles intenciones
sobre la piel abandonada de caricias
para intentar resucitarla.

Pero la nostalgia ya habita
la oquedad de los misterios,
la frágil decadencia
y el silencio al otro lado de todos los teléfonos.

He ordenado al tiempo que gire
y busque la respuesta que quedó suspendida.
Al volver la esquina estaban tus fantasmas
y los míos
acodados en la barra de un bar
en el que bebimos hasta el amanecer
rodeados de incógnitas.
Más tarde escuché tus pasos
alejándose hacia el mar
y los míos, quietos,
quedaron engendrando solitarias
sólidas
y tristes
raíces secas

Y si dejara suspenso el texto
o sus explicaciones,
si vinieras a gozarme con francas melodías,
con altibajos,
con tu boca cargada de razones,
con el puñal hiriente de amaneceres solitarios,
tal vez yo me entendiera,
tal vez fletara una expedición dispuesta a la conquista.
Pero no sabemos de discursos,
sólo de roces que susurran roces
y es así como te quiero,
sin más declaraciones,
sin el miedo a perderte,
sin brújulas o episodios.
Si dejara en suspenso el tiempo
te desvanecerías
y yo ya no dispongo de ninguna de las fórmulas de la
magia para regresararte.

Te he descrito seno y abismo
y han sido los papeles testigo. Doy fe.
De la tinta que sollozo surges crepuscular
y cierta.

He acentuado los adjetivos
y conjugado tus presencias.
Elegí cada una de las músicas
que debían envolver la íntima resurrección de los cuerpos.
Silencio, susurro, roce.
Serenos, sexo, risa... dictado
deuda,
dádiva.

Circunferencias eres, redondez, volumen, círculo
mientras aún te adivino secreto,
ecuación
e incógnita.

De tu voz de mar nacen tempestades que apagan mi grito.
Te juro que no invento los naufragios. Tu sí;
He visto cómo ordenas los fracasos en el armario de mi alma
y después cierras y arrojas la llave al olvido.
Ahora me alimento de tus ausencias
y a borbotones estás aquí presagiada aunque finjas,
aunque ya no me seas a conciencia.
No sé para qué serte, ni que existas.
Perdóname si no te supe construir orilla,
si no supe ser marca.
De tu voz de mar nacen tempestades...

Y en tu seno quiero habitar mis cenizas.

Qué frío el dibujar la línea errante del poema y sus palabras
para combatir el tiempo,
qué terquedad por el anuncio de toda la belleza,
qué transcurrir vacío del ser.
Si a una idea sucediera otra y a esta un silencio,
quizá ese tiempo quedara suspendido,
tal vez lograra cerrar una elipse, al menos triste.
Pero ha de surgir el grito y he de reconocerlo
para que la vida no se retire a su aposento oscuro
donde sólo habitan la nada y sus olvidos.



PAZ Y GLORIA

Juan Manuel Ballesta Gómez

I

La asidua visita cumple el doble objetivo de estirar las piernas y recoger el espíritu. Mi inveterada afición a pasear se ve de un tiempo a esta parte complementada y, a veces, justificada por el buen hábito de dedicar unos momentos de oración y recuerdo a mis allegados que allí yacen.

Aunque la estancia suele ser breve he empezado a familiarizarme con las caras del personal de turno así como con las de algunas personas que como yo frecuentan el recinto. Unas mujeres acostumbran a acudir con la constancia que les exige la retirada de las flores marchitas y la sustitución por otras frescas. Se las ve, con mimo y pulcritud, adecentar el exiguo espacio al que dedican sus atenciones. Son más los visitantes, al menos hasta donde mi poder de observación y cómputo llega, que no pasan de ser ocasionales, quienes tras persignarse y musitar una plegaria hacen un recorrido rápido, quizás en busca de cierto emplazamiento no localizado, y luego se marchan.

Llegado el mes de noviembre y sobre todo los días de Todos los Santos y de los Difuntos, la rutina y quietud del resto del año son alteradas por una muchedumbre ruidosa y activa. Las floristerías en los accesos del lugar hacen su agosto. Surge el servicio de alquiler de escaleras. Familiares de muchos de los que allí reposan proceden a una limpieza general y, probablemente, anual. Las velas encendidas en la capillita se multiplican hasta el punto de hacer insoportable la temperatura y la falta de oxígeno. Pasadas las festividades, la ciudad de los muertos vuelve a su soledad. Me vienen a la memoria los versos del poeta romántico: "¡Dios mío, qué solos / se quedan los muertos!"

II

A veces, al pasar por delante de la casa donde depositaban los restos del finado antes de llevarlos a su última morada, me imagino la estampa de aquel tiempo. La avenida María Guerrero más allá de la confluencia con la calle Prim se convertía en un barrizal o un camino de herradura polvoriento hasta llegar a la Sacramental de San José. Por eso, el cortejo solía despedirse allí, y además porque la distancia a pie desde el centro del pueblo era considerable. Unos carros contruidos ex profeso enlazaban el citado depósito con la recién inaugurada necrópolis.

Recuerdo aquellas carrozas fúnebres de alto techo de madera labrada y una cruz en el centro. Terciopelos azabaches colgaban en los laterales hasta una altura que permitiera ver a través de las cristaleras el féretro. En el pescante, un cochero circunspecto y sombrío a tono en la negrura de su indumentaria. Los caballos que tiraban, los petos que los cubrían y los plumeros que los adornaban todos eran negros. El negro como negación del color. El negro como señal de dolor. Luto absoluto. Luto impoluto.

Aquella parafernalia ha dado paso a un ritual de duelo menos barroco. Ha perdido pomposidad. Hasta el punto, que las empresas del sector ya no utilizan el nombre de pompas fúnebres. Prefieren llamarse funerarias. Eso

sí, han ampliado sus prestaciones. No se limitan sólo a la localidad. En la publicidad al respecto puede leerse: "Traslados nacionales e internacionales, amortajamiento, embalsamamiento, incineraciones, tanatopraxia." (Esta última palabreja además de fea es nueva. Tan nueva y tan fea, que no aparece en ningún diccionario). Otro anuncio dice: "Atendemos cualquier necesidad de transporte de cadáveres y restos, que puedan precisar, con profesionalidad y experiencia."

III

He olvidado antes citar a un individuo al que encuentro cada vez con mayor frecuencia. Posiblemente anduviera por aquí desde que inicié mis visitas, pero me he ido percatando de su presencia poco a poco. Parece que las tumbas de los desconocidos ejercen sobre él una extraña atracción. Diría que se trata de una especie de arqueólogo especializado en grafía de enterramientos. Se le puede ver, como notario del acto, en casi todos los entierros, a los que sigue a una distancia prudencial. Con semblante serio y aire solemne, mirada atenta y faz pálida observa a cada presente y no pierde detalle de la ceremonia. No habla con nadie y desaparece sin que hasta ahora haya yo podido saber en qué momento lo hace y qué dirección toma.

Ayer precisamente volvió. Como si recibiera el aviso de cada fallecimiento, ahí estaba una vez más. Distante y cercano a un mismo tiempo. El ataúd que acompañaba —pequeño y blanco— era sin duda el de un menor. Los signos de dolor de la concurrencia se hacían notar. Parece que tratándose de una vida joven la consternación es mayor. El hombre al que me refiero, de elevada estatura, dejaba ver su cabeza por encima de los demás. Desde donde me hallaba distinguía bien su rostro alargado y algo siniestro. No sabría decir si la expresión denotaba curiosidad, conmoción, tristeza o incluso placer. Alguien pasó por delante de mí. Miré en la misma dirección pero ya no estaba. Traté de localizarlo, en vano.

Soy consciente de que estos encuentros están empezando a obsesionarme hasta el punto que con cierta ansiedad espero la llegada del día siguiente. La incertidumbre de si hará o no acto de presencia, la curiosidad de verlo entrar y salir y de seguirlo me turban la mente. Lucho para que todo vuelva a la normalidad, para que mis preces y paseos no se vean dominados por esa necesidad imperiosa, que está convirtiendo virtud en vicio que condiciona la voluntad y absorbe el pensamiento.

Días atrás se formó cierto revuelo. Me acerqué, aunque no tanto como hubiese deseado pues los policías habían establecido un cordón para impedir que se aproximaran los curiosos y que los periodistas usaran sus cámaras. Traté de averiguar, sin conseguirlo, de quién se trataba. Exhumaban un cadáver. Hecho de poca frecuencia y de mucho morbo. Reconocí al juez y al médico forense. Con la mirada recorrí uno a uno los congregados. No vi al que yo buscaba. Terminado el acto, en la parte trasera del edificio anexo, subido a una escalera de las que utilizan para acercarse a los nichos altos, lo encontré mirando por un ventanuco hacia el interior de la morgue.

IV

Desde el exterior de la tapia se asoma una buganvilla trepadora y vivaz, que pregona su victoria sobre la artificialidad y brevedad de otras especies en el interior. La zona central, a la que se llega nada más acceder al sacrosanto cerrado, la ocupan los mausoleos. Ángeles, columnas, cruces, coronas, guirnaldas, cadenas, macetones, incrustaciones en metal. Pertenecen por lo general a familias conocidas y pudientes. El espacio de

que disponen y la categoría de los mármoles y exornos contrastan con la construcción en altura formando sobrios nichos. En éstos, si acaso algún florero o portafotos. Es como si se tratara de un barrio residencial, de viviendas unifamiliares, rodeado por bloques de pisos. Todos habitantes de un mismo espacio urbano común pero con distinta calidad de habitaciones. Ni siquiera en este postrer reducto somos todos iguales.

También es tradicional la separación por razones de religión. Los no cristianos, aparte. O sea judíos y mahometanos, en otro lugar. Que tampoco puede ser el mismo por ese odio ancestral de los unos hacia los otros. ¿Por qué los vivos no dejamos que los muertos compartan un mismo suelo dando así al menos ejemplo de convivencia? Pues no. Se imponen las normas: unos, con cruces; otros, uniformidad en las sepulturas y los otros, mirando a la Meca. Costumbres todas tan respetables como divisorias. Por encima, o por debajo, de todo esto, los que ahí descansan se reconfortan con las palabras del escritor sevillano: "¡Oh, qué amor tan callado, el de la muerte! / ¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!"

No oculto mis preferencias por la zona antigua. En ella reposa oculta parte de la historia de la ciudad. A través de las inscripciones en las lápidas —algunas con la pátina de la incuria y el tiempo— es posible saber de aquellos que fueron víctimas de la guerra civil, las epidemias o algún accidente fortuito individual o colectivo. Este último sería el caso del hundimiento del "Utopía". Cientos de personas se ahogaron. Las aparecidas en la playa linense descansan bajo el monumento erigido por subscripción popular. No deja de sobrecogerme, cada vez que paso junto a ellas, el recuerdo de tan trágico suceso.

V

A casi nadie le gusta hablar y menos oír hablar de su último viaje. Es quizás una fórmula de autodefensa porque no mencionándolo nos olvidamos de ese inexorable destino. Pero a partir de cierta edad empezamos a hacernos preguntas como ¿dónde me llevarán cuando llegue el momento? A partir del supremo instante la dependencia de los demás es total por mucho que uno se preocupe de dejar redactada la última voluntad. Además, pocas opciones se presentan: bajo tierra o sobre el fuego. Hay otro lugar más reconfortante, y es quedar en la memoria de la gente. Para esto tampoco existen pólizas de seguros, aunque va a depender de los méritos que, a modo de recibos, se hayan ido abonando a lo largo de los años. En esas cuotas, pagadas en especie, se incluyen las buenas obras pero también el éxito y la posición social. Hay cementerios famosos por albergar los despojos de personas célebres. Son sus tumbas las que poseen mayor poder de convocatoria. La Gran Pirámide de Egipto sería el paradigma de ello. Por contra, el soldado desconocido o el pobre de solemnidad han de contentarse con una fosa común, un osario compartido al que no acude ningún curioso.

VI

Hállome en estos pensamientos cuando veo pasar ante mí al enigmático personaje. Observo que se le ha caído una pequeña libreta. Me apresuro a cogerla del suelo. Cuando me incorporo, ya lo he perdido de vista. Corro hacia uno y otro patio como el que lo hiciera en persecución de un ladrón, cuando en realidad lo que deseo es hacerle entrega del objeto perdido.

Vuelvo al banco del paseo principal. Este es sitio obligado de paso. No me resisto a ojear el bloc. Al principio lo hago con cierto pudor. Acto seguido tiene más fuerza mi curiosidad que el respeto al secreto del otro.

En tinta negra, trazo de pluma y escritura nítida aparecen una serie de frases que pronto comprendo que son epitafios.

La morte vince

"Muerte: inexorable destino que lo destruye todo"

"El eterno drama: la lucha entre la vida y la muerte"

Me parecen todas sentencias muy rotundas, sin un atisbo de esperanza. Paso la página y leo:

From Here to Heaven

"Es sólo por mi culpa que la muerte impera"

La morte é fulminata – Regna eterna la vita

Here I sleep an eternal dream

"Oh, tú que pasas cerca de esta mi tumba, por favor, reza por mí"

"Paz y Gloria"

Creo que me quedo con la última. Desde luego ninguna de ellas procede de este recinto. En esta segunda lista la eternidad del alma se eleva sobre la caducidad de la carcasa que la alberga. A continuación concentro la mirada y la mente en este poema, escrito también con mano primorosa en el cuaderno:

"No venden billete de ida y vuelta.
No es posible devolver el pasaje,
-con fecha abierta y reservada-
para el final viaje

Tanta senda de goces recorrida,
tanta carga de abultado equipaje,
¿han de ser de alguna utilidad
para el final viaje?

Apenas donde albergar el cuerpo.
Apenas sitio en el embalaje.
Nada más un sudario de lienzo
para el final viaje

Del sepulcro la fecha por recuerdo.
Del féretro la tapa por paisaje.
¡Ay, qué poco dejamos y nos dejan
para el final viaje!

¿De qué sirven dinero y haciendas?
¿De qué las influencias y el linaje?
Todo nos sobra, estorba y pesa
para el final viaje."

Me sacude con fuerza una honda desazón y escalofrío. Saco mi estilográfica y sin mayor esfuerzo escribo:

Por eso quiero transitar liviano.
Por eso, desnudo y sin más ropaje
que el del amor, que me dieron y di,
para el final viaje.

En letra clara e indeleble que graben
en mi tumba el siguiente mensaje:
"Paz y Gloria nos esperan, sin duda,
para el final viaje".

El tañer insistente de una campana me saca de mi ensimismamiento. No puede ser. Es media tarde y ni siquiera he ido a comer. Se me acerca el guarda.

- Señor, vamos a cerrar.

- ¿No ha visto salir a este hombre del que le tengo advertido?- le pregunto con ansia.

- Salir, todavía no. Pero está ahora mismo hablando conmigo.

Más interesado en mi propia pregunta que en su respuesta, cierro con cuidado el cuaderno no sin antes advertir que mi letra y la del otro se parecen extraordinariamente.

Fosas oscuras, lúgubres sepultureros, humeantes fuegos fatuos. Necrofilia. Todas estas palabras se me agolpan en la cabeza en forma de imágenes nítidas y dominantes. Palidece la luz del tenue día. Mi esperanza, con ella. Me ha parecido ver un hombre en movimiento. Mas no. De los cipreses las sombras alargadas pintan franjas oscuras sobre las losas frías. Creo oír unas pisadas. Es un viento repentino, que irreverente arrastra hojarasca marchita. Se aminoran los tonos de las flores y árboles. Se agitan los pétalos y ramas. Mi corazón languidece y palpita a un tiempo a tono con la estampa. ¡Cuán yerto ha de mostrarse de noche el camposanto!, cuando se desvanecen murmullos, suspiros y lamentos, cuando las ánimas sus silencios acallan...

La cancela de hierro gime al cerrarse tras mis pasos. Me quedo aún unos minutos mirando al interior, por si apareciera. Confuso y transido de emoción, por todo lo acontecido, me encamino hacia el centro de La Línea de la Concepción, mi mundo de los vivos. Un mundo, para mí, menos atractivo, menos deseado.

LA RAÍZ DEL GUEPARDO

Juan Emilio Ríos Vera



LA RAÍZ DEL GUEPARDO

Suave la brisa acaricia la tierra,
arde el sol con sus dedos amarillos,
ríos de sombra te sacian la sed
áspera de labios muertos
y te calma el hambre de placeres
no satisfechos.

Raúdo como un trueno, el guepardo
ahonda en sus raíces y
come de la carne apetecida.
Hijos vendrán de la noche
al encuentro incontenible
de la sangre que anhelan.
dios será cada mano,
cada matiz de vida
que despierta.

PERDER LAS MANOS EN TU ESPESURA

No reconozco mis manos
cuando tocan tu carne
que se ofrece
sin fractura.
Me parecen entonces
jaurías de perros
que hollan la tierra
con la prisa del ansia,
con la urgencia
del bocado apetecible
que ya se mastica
sin rebeldía,
que ya se rumia
abstracto y anhelante.
Entonces, cuando se me
pierdan las manos
entre los bosques
de tu cuerpo abierto,
en tu secreta espesura,
conozco la muerte
como la palma de mi mano.

ZONA CATASTRÓFICA

Hay un andamio suspendido
a la altura de mi cama y una muñeca rota
que tiene tu cabeza. Diseminados
por la onda expansiva del desencuentro
despojos de mi semen y trozos de tu carne
se han metido hasta en los ojos de los gatos
que miran la catástrofe desde la ventana.
Un perro muerto hiede ya entre las sábanas
donde han anidado los gusanos del desencanto.
En la almohada, postrada de dolor y de apatía,
yace una pieza de tu sexo, oxidada ya y fría
como un pájaro de Enero.
No hubo lugar para la tregua.
Los nervios excitados estallaron espasmódicos
y todo lo han llenado de fracaso: los blancos
mantelés, la immaculada ropa del domingo,
la tarta nupcial de una niña de siete años.
Todo se desploma como un castillo de cieno
y no hay fumigadores en plantilla.
Ahora, cuando el sol empiece a descubrir
nuestras verguenzas, me dispondré sin prisa
a recoger toda esa mierda
para empezar de nuevo -solo y lesorenacido
hombre de pies a cabeza
con una vida menos.

EL RIDÍCULO LAZO EN EL CUELLO DE LA OLIMPIA

a Michel Leiris

No profanaré sus secretos
laberintos
con mi babeante mirada
de *voyeur*,
no recorrí sus
jardines interiores
con imaginarias
manos anhelantes
ni me detuve un instante
a contemplar
sus pliegues abiertos
que se exhibían impúdicos,
lascivos, desafiantes
en su desfachatez gloriosa,
ni siquiera posé
mi azorada pupila
en su hierático pezón violento.
Sólo tenía ojos,
por increíble que parezca,
para el ridículo lazo negro
en el cuello de la Olimpia.

LA BUENA MUERTE

De repente un árbol
cuajado de fruta fresca
que acudiera
a mis labios abrasados.
De improviso un libro
abierto por el capítulo
tercero que llegara
presto al abrazo
de mis manos anhelantes.
De pronto como un aguacero
inesperado un niño chico
rebotante de caricias,
ansioso de carantoñas,
que viniera al encuentro
de mis brazos paternos.
Sin mediar palabra
una rosa rica en matices,
etérea y profunda
que perfumara
mi estancia y aliviara
el rigor de mis ojos agotados.
Finalmente una luz,
un beso suave
en la piel que tiembla
y un aroma inconfundible
a biblioteca.

JOSÉ ANTONIO PÉREZ DE VARGAS



José Antonio Pérez de Vargas (Algeciras, 1947), inició muy joven su actividad artística, recibiendo cursos en la Escuela de Artes y Oficios de Algeciras, realizando varias exposiciones y participando muy tempranamente en actividades de escenografía teatral y diseño de vestuario en su ciudad natal.

Marcha posteriormente a Madrid, donde reside desde 1973 dedicado exclusivamente a la pintura. Desde esa fecha sus exposiciones, tanto individuales como colectivas, han sido numerosísimas y se ha exhibido su obra en importantes galerías nacionales y extranjeras.

Entre sus exposiciones individuales podemos destacar las realizadas en la Galería Fúcares, de Almagro en 1976 y 1979; en la Galería Carteia, de Algeciras, en 1976 y 1978; en la Galería Roc-Guinart, de Barcelona, en 1978 y en Seiquer de Madrid en el mismo año; en 1991 y 1995 en la Galería Félix Gómez de Sevilla; en 1986 en la Tossan-Tossan Gallery de Nueva York; en 1981 y en 1985 en el Klingspor Museum, de Offenbach (Alemania); en 1993 en el Museo Cruz Herrera de La Línea y en 1998 en la Galería Bat, de Madrid y en la Pescadería Vieja de Jerez de la Frontera. A estas exposiciones se unen un gran número de exposiciones colectivas realizadas tanto en España como en el extranjero.

Ha sido becario del Ministerio de Cultura en 1980, del Comité Conjunto Hispano-Norteamericano en 1986 y del Ministerio de Asuntos Exteriores, para la Academia de España en Roma, en 1994.

Su trabajo, centrado fundamentalmente a lo largo de estos años en una revisión de las arquitecturas del Renacimiento y del Barroco, se ha ido desarrollando a través de numerosas series temáticas y estilísticas tales como "En torno al Renacimiento", "Elementos para una batalla", "Proyectos para una ciudad ideal", "Un retablo para San Agustín", "Utopía sobre Guttenberg", "Sibilas", "La memoria del tiempo", "Pompeya" y otras.

Su obra figura en colecciones particulares, institucionales y museos, tanto nacionales como extranjeros. Entre los oficiales podemos mencionar el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid, la Biblioteca Nacional, las Diputaciones de Alicante, Huelva y Cádiz, el Ministerio de Asuntos Exteriores, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, y el Instituto de Cooperación Iberoamericana. También está presente la obra de José Antonio Pérez de Vargas en la Colección de la Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar.



INSTITUTO DE ESTUDIOS
CAMOGIBRALTAREÑOS



MANCOMUNIDAD DE MUNICIPIOS
DEL CAMPO DE GIBRALTAR